# Marx y Engels

## Manifiesto del partido comunista

Edición de Jacobo Muñoz

CLASICOS DEL PENSAMIENTO • BIBLIOTECA NUEVA

# MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO
Colección dirigida por
Jacobo Muñoz

TÍTULOS PUBLICADOS

*Hacia la paz perpetua,* I. Kant. Edición de Jacobo Muñoz.
*Menón,* Pláton. Edición de Serafín Vegas González.
*El malestar en la cultura,* S. Freud. Edición de Mariano Rodríguez González.
*Discurso del método,* R. Descartes. Edición de Luis Arenas.
*Discurso sobre el espíritu positivo,* A. Comte. Edición de Eugenio Moya.
*Del sentimiento trágico de la vida,* M. de Unamuno. Edición de Antonio M. López Molina.
*Segundo tratado sobre el gobierno,* J. Locke. Edición de Pablo López Álvarez.
*Fe y Saber. O la filosofía de la reflexión de la subjetividad en la totalidad de sus formas como filosofía de Kant, Jacobi y Fichte,* G. W. F. Hegel. Edición de Vicente Serrano.
*La miseria de la epistemología. Ensayos de pragmatismo,* J. Dewey. Edición de Ángel Manuel Faerna.
*Poética,* Aristóteles. Edición de Salvador Mas.
*Manifiesto del partido comunista,* K. Marx y Friedrich Engels. Edición de Jacobo Muñoz.

Karl Marx y Friedrich Engels

# MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

Traducción, introducción y notas
de
Jacobo Muñoz

BIBLIOTECA NUEVA

© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2000
Almagro, 38 - 28010 Madrid (España)

ISBN: 84-7030-865-3
Depósito Legal: M-36.668-2000

Impreso en Rógar, S. A.
Impreso en España - *Printed in Spain*

Ninguna parte de esta publicación, incluido diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna, ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

# ÍNDICE


INTRODUCCIÓN, por Jacobo Muñoz ..... 9
BIBLIOGRAFÍA ..... 25
CRONOLOGÍA ..... 29

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN ..... 45

I. Burgueses y proletarios ..... 47
II. Proletarios y comunistas ..... 63
III. Literatura socialista y comunista ..... 75
IV. Posición de los comunistas frente a los diversos partidos opositores ..... 91

PRÓLOGOS AL MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ALEMANA DE 1872 ..... 97
PRÓLOGO A LA EDICIÓN RUSA DE 1882 ..... 100
PRÓLOGO A LA EDICIÓN ALEMANA DE 1883 ..... 103
PRÓLOGO A LA EDICIÓN INGLESA DE 1888 ..... 105
PRÓLOGO A LA EDICIÓN ALEMANA DE 1890 ..... 114
PRÓLOGO A LA EDICIÓN POLACA DE 1892 ..... 119

AL LECTOR ITALIANO ..... 123

*This page intentionally left blank*

# INTRODUCCIÓN

*This page intentionally left blank*

# I

Singular destino el del *Manifiesto del Partido Comunista.* Redactado por Marx y Engels —y, según los testimonios disponibles, fundamentalmente por Marx— a solicitud del segundo congreso de la Liga Comunista *(Bund der Kommunisten)*[1] celebrado en Londres en noviembre-diciembre de 1847, y publicado en esa misma ciudad en

[1] Tras su llegada a París, la primera gran estación de su larga existencia de emigrante forzoso, a finales de octubre de 1843, Marx entró en contacto con la Liga de los Justos *(Bund der Gerechten),* una sociedad secreta de obreros y artesanos, fundamentalmente alemanes emigrados, fundada en 1836 como rama de la más antigua Liga de los Proscritos *(Bund der Geächteten),* cuyo objetivo era instaurar una «república social» en Alemania. Aunque intimó con algunos de sus dirigentes, como Ewerbeck o Germain Maurer, Marx no llegó a unirse a la Liga durante su estancia en París. En noviembre de 1846 el comité central de la Liga de los Justos, que había tenido hasta entonces su sede en París, fue transferido a Londres. Marx, residente a la sazón en Bruselas —la segunda gran estación de su exilio—, tras su expulsión de Francia por Guizot, ingresó formalmente en la Liga, al igual que Engels, en la primavera de 1847. Del 2 al 9 de junio de ese mismo año tuvo lugar en Londres el primer congreso de la Liga de los Justos, en el que se decidió cambiar este nombre por el de Liga Comunista y sacar un periódico —la *Gaceta comunista (Kommunistische Zeitschrift)*—, del que sólo llegó a ver la luz un número. A diferencia de Engels, que asistió en representación de los comunistas parisinos y de Wolff, que lo hizo como delegado de los Comunistas de Bruselas, Marx no asistió —por razones económicas, a lo que parece— a este congreso. Sí asistió, en cambio, al segundo, celebrado en noviembre-diciembre de 1847 asimismo en Londres, en el que se fijaron como objetivos centrales de la Liga Comunista «el derrocamiento de la burguesía, la dominación del proletariado, la abolición de la vieja sociedad burguesa, basada en los antagonismos de clase, y la fundación de una sociedad nueva, sin clases y sin propiedad privada», y se redactaron sus nuevos estatutos. Al final del congreso Marx y Engels recibieron el encargo de redactar, a la mayor brevedad posible, un manifiesto destinado a dar a conocer los objetivos y doctrinas de la Liga: el *Manifiesto del Partido Comunista.*

febrero de 1848[2], tardó poco en desbordar ampliamente los límites de su inicial condición coyuntural, hasta el punto de llegar a tener, en el último siglo y medio, una difusión sólo comparable a la de la Biblia, y una influencia, como documento político clásico, de radio acaso sólo alcanzado parejamente por la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*. No sin cierta lógica implacable, desde luego, toda vez que el *Manifiesto Comunista*, como sería pronto llamado, no es sólo un panfleto de factura formal genial, en el que la intensidad y el radicalismo, el gusto por la polarización y el laconismo, la hondura del aliento moral y la amplitud de la mirada histórico-universal se dan cita con fortuna pocas veces repetida, ni un simple documento relevante de una determinada corriente política, sino un clásico del pensamiento occidental. Un clásico impensable sin la filosofía clásica alemana, el socialismo francés y la economía política inglesa, pero también sin la irrupción de la clase obrera, sin la realidad social del proletariado, con el que Marx y Engels entraron en contacto en París, Bruselas, Londres o Manchester a comienzos de la cuarta década del pasado siglo[3]. Y que sigue siendo, además, a pesar de

---

[2] El documento elaborado por Marx y Engels —aunque, en realidad la redacción del mismo fue asumida, en lo esencial, por Marx, como el mismo Engels acostumbraba a subrayar— constaba de 23 páginas. Fue impreso en la sede de la *Workers' Educational Association (Kommunistischer Arbeiterbildungsverein)*, una asociación obrera, vinculada, como muchas otras, a la Liga, que subsistiría hasta la Primera Guerra Mundial.

[3] Marx entró por vez primera en su vida en contacto material, real y efectivo con la entonces emergente clase obrera en París. En esta ciudad, que contaba con una gran población de trabajadores alemanes emigrantes, con núcleos socialistas organizados, etc., vivió con gran intensidad el impacto de este descubrimiento, que le llevó en seguida a la decisión de dedicar su vida a la causa de la emancipación del proletariado, del que se hizo una imagen ciertamente idealizada, que ya no le abandonaría, como la que nos devuelven las siguientes líneas de aquella época: «Cuando los artesanos comunistas forman asociaciones, la educación y la propaganda son sus primeros objetivos. Pero el acto mismo de asociarse crea una nueva necesidad —la necesidad de sociedad— y lo que parece ser un medio se ha convertido en fin. Los re-

lo ajado de algunos de sus registros lingüísticos o conceptuales, muy mejorados luego por los propios Marx y Engels, o de lo circunscrito y, en consecuencia, efímero del tono de algunas de sus observaciones polémicas o partidistas concretas, una de las mejores vías de introducción hoy disponibles, con cuantas matizaciones hayan de hacerse, al marxismo. Al marxismo concebido, claro es, como una de las grandes tradiciones emancipatorias modernas.

Queda con ello sugerido, por lo demás, que el *Manifiesto* no es un texto «de juventud» más de sus autores, al que las circunstancias históricas han conferido una particular relevancia. Las líneas generales de la «interpretación materialista de la historia», que orienta el análisis histórico que toma cuerpo condensado en el *Manifiesto,* habían quedado formuladas a mediados de la década de los 40, y tanto Marx como Engels habían dedicado ya mucho tiempo al estudio de los economistas de la época[4]. En el Prólogo a la edición inglesa del *Manifiesto* de 1888[5], el propio Engels reconoce que Marx había des-

---

sultados más llamativos de este desarrollo práctico tienen que verse cuando los socialistas franceses se encuentran juntos. Fumar, comer y beber dejan de ser medios de reunir simplemente a unas personas. La compañía, la asociación y el entretenimiento que también la sociedad tiene como fin suyo, son suficientes para ellos; la fraternidad del hombre no es una frase vacía, sino una realidad, y la nobleza del hombre brilla públicamente sobre nosotros desde sus cuerpos gastados por el trabajo». Engels, por su parte, con el que Marx tuvo el 28 de agosto de 1844 en París un encuentro decisivo, en el que ambos sellaron una relación de amistad personal y colaboración política e intelectual que duraría lo que sus vidas, iniciaba por estas fechas sus influyentes trabajos sobre la situación de la clase obrera en la Inglaterra de la Revolución Industrial y del primer gran auge del capitalismo.

[4] Marx entró por vez primera en contacto con la entonces incipiente economía política, fundamentalmente inglesa, tras la lectura de un innovador y sintético trabajo que con el título de «Esbozo de una crítica de la economía política» publicó Engels en 1843 en los *Anales Franco-Alemanes.* Desde ese momento, y hasta el final de sus días, Marx estudió y anotó cuidadosamente un ingente número de publicaciones de esta materia.

[5] Hay edición de este Prólogo en el presente volumen.

arrollado ya «su idea fundamental» en la primavera de 1845. Pero bajo tal rótulo late algo más que una influyente teoría de la historia, de la que el *Manifiesto* es fruto paradigmático[6].

## II

La aportación de Marx (y, en su estela, de Engels) a la teoría de la historia ha sido, ciertamente, caracterizada de modos muy diversos, hasta el punto de haberse hecho del *materialismo histórico* una concepción del mundo, una guía y un método, una filosofía especulativa de la historia más o menos deudora del procesualismo metafísico hegeliano y, en consecuencia, de la propia «historia de salvación» *(Heilsgeschichte)* judeo-cristiana, e incluso un último fruto de la tradición profética[7].

Es posible que esa pluralidad de lecturas tenga, con independencia de lo desenfocado de alguna de ellas, un fundamento. Entre otras razones porque en la obra de Marx hay algunas *oscilaciones* en materia metahistórica y metapolítica que llevan a resultados dispares, por mucho que en uno u otro sentido pueden reclamarse, todos ellos, de la matriz marxiana. Hay en Marx, en efecto, y por empezar por lo más llamativo, una innegable oscilación a propósito del ingente *proceso revolucionario* que anuncia y razona, y de sus fuerzas motrices, entre la acción conscientemente revolucionaria del proletariado industrial, en cuanto *clase universal,* sustentadora de la especie por su papel central en la producción y portadora

---

[6] Una excelente exposición de las líneas maestras de la concepción materialista de la historia viene ya contenida en obra tan temprana como *La Ideología Alemana,* un texto particularmente relevante en el que Marx y Engels trabajaron durante los años 1845 y 1846, sin llegar a acabarlo.

[7] Cfr. Elisabeth de Fontenay, *Les figures juives de Marx,* Galilée, París, 1973, y Robert Misrahi, *Marx et la question juive,* col. Idees, Gallimard, París, 1973, entre otros muchos títulos posibles sobre este aspecto de la figura de Marx.

del único sistema de valores realmente universalizable y la contradicción —de orden, digamos, estructural— entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción en que éstas se enmarcan. Una oscilación que lo es, pues, según el énfasis sea puesto en una u otra, entre los elementos *subjetivos* y los elementos *objetivos* descifrados como motor último de dicho proceso, y que no ha dejado, ciertamente, de tener importantes (y, sin duda, discordes) consecuencias de cara al desarrollo ulterior del marxismo y de los movimientos socio-políticos inspirados por él[8].

Otra oscilación no menos cargada de consecuencias afecta, como es bien sabido, a la posición adoptada por Marx frente al expansionismo propio del modelo social capitalista, a un tiempo alabado por él por su capacidad para «revolucionar incesantemente los medios de producción» y llevar las fuerzas productivas, científicamente potenciadas, a un crecimiento sin precedentes históricos, y censurado por su consecuencias alienantes para la clase obrera —esa clase que «no tiene otra cosa que perder que sus cadenas» y sí «un mundo que ganar», como se dice, con palabras celebérrimas, en el último párrafo del *Manifiesto*— y, por ende, para la especie. (Y para la propia naturaleza, añaden algunos hoy, dadas determinadas consecuencias, cada vez más visibles, de dicho desarrollo...)

---

[8] Dentro todavía de la propia obra de Marx, los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)* de 1857-1858 marcan, sin duda, con su escasa atención al momento revolucionario, de ruptura política, y con su optimismo científico-técnico, el momento más alto de la siempre latente confianza, en Marx, en la potencia de la logicidad interna de los procesos reales tomados en su especificidad dinámica. Desde el ángulo opuesto, el del subjetivismo revolucionario elevado a motor de la revolución, la obra clásica es, sin duda, *Historia y consciencia de clase,* de un marxista de tercera generación, el húngaro Georg Lukács. (La obra de Lukács debe ser, en cualquier caso, enmarcada en las polémicas sobre la «oportunidad» y/o «posibilidad» de la revolución en el marxismo centroeuropeo con ocasión de la Revolución bolchevique del 17.)

Cabría, por lo demás, argüir que esta oscilación no deja de ser una de las consecuencias posibles de la coexistencia, tan central y característica como paradójica, en Marx, de ambición de futuro y nostalgia de integración pretérita; de fe en el progreso y consciencia, muchas veces soterrada, de que tal vez sea preferible instalarse en cierto pasadismo sutil; de optimismo histórico, en fin, y sospecha de que todo puede acabar en la mutua destrucción de las clases en lucha, con la consiguiente falsación incluso de la consoladora hipótesis —herencia de la confianza hegeliana en la productividad de la negatividad, pero también de la filosofía kantiana de la historia y su apelación a una «intencionalidad secreta de la naturaleza» que se vale de nuestra «insociable sociabilidad» para llevarnos del mal al bien— de que la historia también puede avanzar «del peor lado».

Sea como fuere, en el materialismo histórico operan una serie de conceptos con cuya ayuda Marx y Engels precisan su *teoría de la macroevolución social* —modo de producción; fuerzas productivas y relaciones de producción; sucesión de modos de producción en una serie que permite reconocer la dirección (no necesariamente orientada en un sentido teleológico) de la evolución histórico-social en la ordenación de su desarrollo lógico, desde el modo de producción de la comunidad primitiva de las hordas preculturales y de las sociedades tribales al socialista, pasando por el esclavista, el feudal y el capitalista —y unas *hipótesis heurísticas* de carácter metahistórico puestas en obra por Marx y Engels en sus trabajos historiográficos concretos. En la lista de estas hipótesis —funcionantes ya con rara contundencia hermenéutica en el *Manifiesto*— habría que incluir el teorema de la sobreestructura o de la función directiva que en toda formación social, así como en la evolución histórico-social misma, asume la estructura económica, de la que todas las manifestaciones sociales vendrían a depender concéntricamente y a poder, a la vez, reinfluir sobre ella; la hipótesis de la relación dialéctica entre las

fuerzas productivas y las relaciones de producción, con la consiguiente noción de crisis, etc.

Con la particularidad de que esta metódica no es tal, en el marxismo globalmente considerado, en orden a los objetivos propios de un científico social que se asume simplemente como lo que es, sino que es tal en el marco de una praxeología muy concreta. Porque el marxismo no es ciencia en sentido convencional. Es la interrelación consciente de una teoría, una crítica y una práctica: la fundamentación racional de *programas de transformación* orientados en orden a unos valores y unos fines. Y éste es un hecho central, definitorio, que tiene asimismo una traducción inmediata en los textos de «madurez» de Marx o textos de «crítica de la economía política»: en su factura formal y en su intencionalidad ideal. En *El Capital* y textos afines, lugar de su obra en el que Marx elabora sin solución de continuidad con sus estudios más ortodoxamente históricos[9], una teoría totalizadora del modo de producción capitalista, o lleva a cabo, como también suele decirse, un análisis teórico del capitalismo «en su media ideal», Marx se mueve, en efecto, a muy varios niveles, que interrelaciona de modo altamente idiosincrásico:

— A un nivel *teórico* o teórico-explicativo. Desde este punto de vista, y ciñéndonos a este nivel, Marx hace ciencia social en un sentido muy próximo al convencional. «La finalidad última de esta obra», escribe, en efecto, caracterizando *El Capital* como una investigación teórica de los mecanismos legaliformes que rigen el modo capitalista de producción, «es... descubrir la ley económica que preside el desarrollo de la sociedad moderna». O: «Lo que de por sí nos interesa... no es precisamente el grado más o menos alto de desarrollo de las contradicciones sociales que brotan de las leyes natura-

[9] Me refiero a obras como *El 18 de Brumario* o los artículos sobre determinados acontecimientos de la España del XIX.

les de la producción capitalista. Nos interesan más bien estas leyes de por sí (estas leyes en cuanto a tales), estas tendencias que actúan y se imponen con férrea necesidad.»

— A un nivel *crítico.* Crítico en un sentido ético, esto es, en el sentido de una crítica ético-política del *mal social* contemporáneo —el propio de las formaciones sociales de base capitalista. Pero también en un sentido *crítico-ideológico,* es decir, deudor de la intencionalidad y del estatuto epistemológico de la «crítica de las ideologías» inaugurada por Feuerbach o por Engels y él mismo en obras como *La ideología alemana* o *La Sagrada Familia,* inmediatamente anteriores al *Manifiesto.* Marx critica, en efecto, como «ideológica» —o producto de una «falsa consciencia», a cuya perpetuación, además, sirve— la producción teórica de los economistas políticos anteriores a él (los economistas «burgueses»). La ciencia económica *objetiva,* esto es, no falsamente ignorante del antagonismo central de la sociedad moderna ni declaradamente apologética del orden burgués, sólo puede ser desarrollada ya, según razona Marx en este contexto, desde el *máximo compromiso.* La nueva economía política, nacida de la «crítica» de la anterior, «en la medida en que una clase sea capaz de representarla», no duda en escribir Marx, «sólo puede estar representada por aquella clase cuya misión histórica es derrocar el régimen de producción capitalista y abolir definitivamente las clases: el proletariado».

— A un nivel *programático,* de fijación de objetivos para la acción emancipadora de las masas trabajadoras y sus aliados.

— A un nivel *praxeológico,* de fundamentación crítica y racional de dichos objetivos: de su realizabilidad y practicabilidad.

— Y en fin, a un nivel *metacientífico,* de autoclarificación, por parte de Marx, del concepto de ciencia y del método científico con el que opera.

Entre los elementos teórico, crítico y práctico (o programático) de esta praxeología existe, pues, una interrelación profunda. Y esto es algo que viene exigido por su sentido último. Un sentido cuya más vívida, contundente y acerada formulación ha de buscarse precisamente en el *Manifiesto:* el de plausibilizar estrategias revolucionarias. Pero también por la función de conferir *consciencia y autoconsciencia históricas* que Marx otorga a la historia como ciencia. Algo que no se identifica, en cualquier caso, con las filosofías clásicas de la historia, como las de Kant o Hegel. Por mucho, ciertamente, que la huella de éstas no deje de resultar perceptible en algunos aspectos de la obra de Marx —del propio *Manifiesto...*— adjetivables tal vez, sin demasiada violencia, como filosófico-históricos. (Como «historicistas», en léxico popperiano.)

De todos modos, aunque el énfasis en el materialismo histórico como teoría de la macroevolución histórico-social haya podido suscitar la identificación del mismo con el trazado —hegelianizante al fin— de un desarrollo unilinear, necesario, ininterrumpido y ascendente de un macrosujeto hacia lo que en *El Capital* se define como la *verdadera historia,* esto es, la que algún día se hará bajo la dirección consciente y racional de hombres libremente asociados, la consciencia del *carácter hipotético y heurístico* de ese conjunto de leyes y principios ha permitido igualmente, a su vez, corregir, o cuanto menos matizar, la convencional acusación de «determinista» a Marx. Porque una cosa es, desde luego, una prognosis basada en tendencias, incluida la del supuesto «paso» al socialismo, y otra muy distinta una hipóstasis suprahistórica... (En el cuerpo desarrollado de sus escritos mayores Marx nunca habló, dicho sea al margen, de tal paso en términos de cualquier «necesidad» que no fuera la estrictamente moral.)

No estaría de más reflexionar, en este sentido, sobre la visión nada fatalista ni eurocéntrica de la determinación histórica y el enfoque en absoluto necesitarista de las posibilidades históricas que abren las relaciones estructurales que, recurriendo a ejemplos históricos *concretos,* desarrolló Marx en una carta célebre fechada en noviembre de 1877 a propósito del posible paso de las comunidades aldeanas al socialismo en Rusia, con el consiguiente ahorro de las «torturas» del sistema capitalista: «Así pues, unos acontecimientos de llamativa analogía, pero desarrollados en diferentes medios históricos, desembocaron en resultados por completo diferentes. Si se estudia cada uno de ellos, se encuentra fácilmente la clave del fenómeno, pero nunca se conseguirá abrir sus puertas con la ganzúa de una teoría histórico-filosófica cuya mayor excelencia consista en ser suprahistórica».

## III

Es evidente que ciertas lecturas clásicas de la hipótesis según la cual llegado un momento de su desarrollo las fuerzas productivas entran en contradicción con las relaciones vigentes de producción, no resultan ya primariamente defendibles.

Como «contradicción» se ha entendido muchas veces el contraste —cada vez más marcado, ciertamente— entre la socialización de la principal fuerza productiva, el trabajo, cada vez más «social», más colectivo, y las relaciones vigentes de producción, cada vez más «privadas» (o dominadas por la propiedad estrictamente «privada» de los medios de producción). Pero no ha dejado también de entenderse como tal el supuesto «freno» que las relaciones vigentes de producción vendrían a imponer a un ulterior desarrollo de las fuerzas productivas, un desarrollo asumido como *absolutamente positivo,* esto es, no sólo por su (supuesto) carácter de *condición estructural de posibilidad* de la acción subjetiva revolucionaria.

El desarrollo que han experimentado tales fuerzas productivas desde la muerte de Marx y Engels, por un lado, y la conversión creciente de la ciencia en fuerza productiva directa, que ha acentuado el carácter destructivo de algunas de esas fuerzas científicamente potenciadas obliga, desde luego, a repensar esta tesis. Es más, no dejan de haber hoy voces autorizadas que razonan incluso —chocando frontalmente con la arraigada conciencia de la ecuación desarrollo/ bienestar— la necesidad de renunciar en cualquier programa no ya «emancipatorio», sino simplemente preocupado por la «supervivencia de la especie», al expansionismo propio de nuestro modelo civilizatorio. (Sería injusto ignorar, con todo, que la consciencia de la destructividad del desarrollo capitalista sin frenos y aún del desarrollismo puro *tout court* late asimismo, como en cierto modo hemos sugerido ya, en el nada monolítico universo conceptual marxiano.)

Siempre cabría argumentar, de todos modos, que si el marxismo es fundamentalmente, como se dijo, una de las grandes tradiciones emancipatorias del mundo surgido de la revolución industrial, científica, social y política de la Modernidad, no tendría demasiado sentido hablar de «crisis» a propósito del mismo por la refutación de alguna de sus tesis positivas o de alguna de sus prognosis concretas. Sólo las verdades religiosas resultan irrefutables... Lo que aquí está en juego es, sin embargo, otra cosa. Sencillamente el envejecimiento o la necesidad radical de reformulación de algunos de los *supuestos básicos* del programa emancipatorio a cuya exposición y plausibilización se procede en el *Manifiesto*. Por ejemplo, el supuesto de un *sujeto revolucionario* específico. No se trata ya sólo, en efecto, de la fragmentación y pluralización de este hipotético macrosujeto por vías poco «clásicas» a que se asiste hoy —a consecuencia, entre otros motores del fenómeno, del excedente de consciencia que permiten las actuales condiciones de trabajo y de las profundas transformaciones en la naturaleza de este

mismo—, sino de las dificultades a que habría hoy de enfrentarse todo pensamiento que, con fidelidad al notable optimismo de Marx y Engels al respecto, quisiera seguir asumiendo a la clase obrera industrial de nuestro entorno geopolítico como «clase universal», portadora de los gérmenes de la futura sociedad emancipada. Como clase, en fin, cuya emancipación es la llamada a traer consigo la emancipación universal humana con la abolición de las relaciones capitalistas de producción.

O el del poder rupturista de las crisis...

O el de la propia naturaleza primariamente económico-social de la perspectiva emancipatoria, harto problemática ya a la luz de algunas experiencias históricas recientes y de las transformaciones de la función del Estado, que obligarían, sin duda, a rectificar (o, cuanto menos, a poner en cuestión) los órdenes de prioridades.

O el supuesto de la superfluidad de una objetivación institucional constrictiva de las relaciones sociales en esa futura sociedad emancipada en la que, como no dejan de subrayar tan utópicamente Marx y Engels desde su explícito desdén por la mera utopía, la unidad y armonía de la vida colectiva surgirían espontáneamente de la interacción directa de los individuos emancipados.

O el de que las sociedades dominadas por el modo capitalista de producción llevan en su seno, a través de la universalización de las relaciones capitalistas de cambio, la semilla de su propia negación, de modo que cabe afirmar que la futura sociedad emancipada, que surgirá a partir de la contradictoria dialéctica de las actuales formaciones sociales, está tomando ya cuerpo, en cierto modo, en el corazón de las mismas.

## IV

El comunismo no es, en fin, para Marx y Engels, tal como lo razonan en este *Manifiesto*, un mero ideal. Menos aún es una (nueva o no tan nueva) utopía. Es el re-

sultado necesario (aunque con una necesidad no lógica ni mecánica) de la negación dialéctica de la producción capitalista, en el bien entendido, claro es, de que esta negación hunde sus raíces en las propias legaliformidades del capitalismo.

¿Cómo ignorar, no obstante, el halo utópico de esta tesis? Al exponerla y darle plausibilidad Marx y Engels ofrecieron en un puñado de páginas geniales a millones de seres humanos lo que éstos necesitaban —una esperanza— y lo que éstos querían oír —una promesa— en un momento histórico determinado. De ahí su influencia. Y su actualidad permanente, más allá de los avatares del tiempo histórico empírico. Una actualidad paradójicamente vinculada —dado el primario «cientificismo» de la piel del *Manifiesto*— al secreto latido moral de estas páginas, a su capacidad encarnadora de sueños. De uno de los más antiguos y hondos sueños, ciertamente, de la humanidad, por diferentes que hayan sido las figuras concretas en las que este sueño haya dibujado su presencia, mucho antes de que Marx y Engels dieran en traducirlo a «programa» en páginas de rara y quizá irrepetible intensidad.

*This page intentionally left blank*

# BIBLIOGRAFÍA

*a)* EDICIONES DE LA OBRA DE MARX

MARX, K. y ENGELS, F., *Historisch-kritische Gesamtausgabe. Werke. Schriften.* Briefe, edición a cargo de D. Ryazanov y V. Adoratsky Frankfurt a.M.: Marx-Engels Institute, 1927-1936. (De esta edición comúnmente conocida como MEGA, fueron publicados tan sólo 7 de los 42 volúmenes programados, así como un volumen conmemorativo de Engels y 4 volúmenes de correspondencia.)

— *Werke,* Berlín, Dietz Verlag, 1961-1968. (Edición en 39 volúmenes, más 2 volúmenes complementarios y otro de índices. Comúnmente citada por la sigla MEW.)

— *Gesamtausgabe (Neue MEGA).* (Ed. a cargo del Instituto de Marxismo-Leninismo del CC del PCUS y del CC del PSU de Alemania), Berlín, Dietz Verlag, 1972 y sigs. (Edición internacional completa, crítica y políglota de las obras de Marx y Engels, programada en 100 volúmenes con un criterio inequívoco de completud, el que consiste en editar absolutamente todo trozo de papel escrito por Marx o Engels.)

*b)* TRADUCCIONES DE LAS OBRAS DE MARX (SELECCIÓN)

MARX, K. y ENGELS, F., *Obras,* edición dirigida por Manuel Sacristán, Barcelona, Grijalbo, 1976 y sigs. (Han aparecido tan sólo parte de los 68 volúmenes previstos. Citada comúnmente por la sigla OME.)

MARX, K., *Cuadernos de París. (Notas de lectura de 1844).* Introducción de A. Sánchez Vázquez, México D. F., Era, 1774.

— *Manuscritos. Economía y filosofía.* (Trad. e introd. de F. Rubio), Madrid, Alianza, 1968.

MARX, K. y ENGELS, F., *La ideología alemana.* (Trad. cast. de Wenceslao Roces), Barcelona, Grijalbo, 1970[3].

MARX, K.: *Contribución a la crítica de la economía política.* (Versión cast. de J. Merino), Madrid, Comunicación, 1970.

— *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador), 1857-1858,* Madrid, Siglo XXI de España, 1972[2] (3 vols.).

— *El Capital.* (Crítica de la economía política), México. (Trad. de W. Roces), México, FCE, 1968[5] (3 vols.).

— *El Capital.* (Edición de P. Scaron), Madrid, Siglo XXI, 1975 y siguientes (8 vols.).
— *El Capital. Libro I. Capítulo VI (inédito).* (Trad. de P. Scaron), Madrid, Siglo XXI, 1973[3].
MARX, K. y ENGELS, F., *Cartas sobre «El Capital».* (Ed. de G. Badea. Trad. cast. de F. Pérez), Barcelona, Edima, 1968.

*c)* HISTORIAS GENERALES, DICCIONARIOS Y REPERTORIOS BIBLIOGRÁFICOS (SELECCIÓN)

AAVV, *Dictionnaire critique du marxisme,* París, PUF, 1982.
— *Historia del marxismo,* Barcelona, Bruguera, 1979 y sigs. (8 vols.).
BOTTOMORE, T. (dir.), *Diccionario del pensamiento marxista,* Madrid, Tecnos, 1984.
KOLAKOWSKY, L., *Las principales corrientes del marxismo,* Madrid, Alianza, 1976 y sigs. (3 vols.).
LACHS, J., *Marxist Philosophy: a bibliographical guide,* Chapen Hill, UNC Press, 1967.
RUBEL, M., *Bibliographie des oeuvres de Karl Marx,* París, M. Riviere, 1956.
STOCKHAMMER, M., *Karl Marx Dictionary,* Nueva York, Philosophical Library, 1965.
VRANICKI, P., *Historia del marxismo,* Salamanca, Sígueme, 1977 (2 vols.).

*d)* BIOGRAFÍAS

BLUMENBERG, W., *Karl Marx en documentos propios y testimonios gráficos,* Madrid, Edicusa, 1970.
MACLELLAN, D., *Karl Marx. Su vida y sus ideas,* Barcelona, Crítica, 1977.
MEHRING, F., *Carlos Marx. Historia de su vida,* Barcelona, Grijalbo, 1968[3].
RUBEL, M., *Karl Marx. Ensayo de biografía intelectual,* Buenos Aires, Paidós, 1970.

*e)* ESTUDIOS SOBRE LA OBBRA DE MARX Y SU PROYECCIÓN (SELECCIÓN)

AAVV, «Karl Marx 1883-1983», *Mientras tanto,* 16-17, agosto-noviembre de 1983.
BERLIN, I., *Karl Marx,* Madrid, Alianza, 1973.
CALVEZ, J. Y., *El pensamiento de Carlos Marx,* Madrid, Taurus, 1958.
COHEN, G. A., *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa,* Madrid, Siglo XXI y Pablo Iglesias ed., 1986.
ELSTER, J., *Making sense of Marx,* Maisons des Sciences de l'Homme & Cambridge Univ. Press, 1985.

ELSTER, J., *An Introduction to Karl Marx,* Cambridge Univ. Press, 1986.
KORSCH, K., *Karl Marx,* Barcelona, Ariel, 1975.
KRADER, L., *The Dialectic of Civil Society,* Assen, Van Gorcum, 1976.
MILLER, R. W., *Analyzing Marx. Morality, Power and History,* Princeton Univ. Press, 1984.
RADER, M., *Marx's Interpretation of History,* Oxford. Univ. Press, 1979.
ROJO, L. A. y PÉREZ DÍAZ, V., *Marx. Economía y moral,* Madrid, Alianza, 1984.
SACRISTÁN, M., *Sobre Marx y marxismo,* Barcelona, Icaria, 1983.
ZELENY, J., *La estructura lógica de* «El Capital» *de Marx,* Barcelona, Grijalbo, 1974.

*This page intentionally left blank*

# CRONOLOGÍA

1818 Nace Karl Marx el 5 de mayo en la ciudad prusiano-renana de Tréveris. Tanto su padre, el abogado del Tribunal Supremo Heinrich Marx, como su madre Henriette (nacida Pressburg), eran de estirpe judía y contaban con numerosos rabinos entre sus antepasados. A raíz de la anexión de Renania por Prusia, tras la derrota de Napoleón, la situación legal de los judíos no mejoró: aunque se les concedían los mismos derechos que a los cristianos, no podían ocupar cargos del Estado sin una dispensa real. En consecuencia, Heinrich Marx optó por convertirse al protestantismo (confesión evangélica), siendo bautizado poco antes de agosto de 1817. Karl Marx fue el segundo de los ocho hijos del matrimonio formado por Heinrich y Henriette Marx.

1824 Bautismo evangélico de Karl Marx y sus hermanos. Un año después era bautizada su madre.

1830 Comienza a asistir Marx al Liceo Friedrich Wilhelm de Tréveris.

1835 Aprueba Marx el examen de madurez. Redacta unas *Reflexiones de un joven ante la elección de profesión* en las que se manifiesta a favor de una vida entregada al provecho de la humanidad. Comienza en octubre sus estudios de Derecho en la Universidad de Bonn. Frecuenta la compañía de estudiantes y escritores.

1836 Se promete secretamente durante el verano con su amiga de la infancia Jenny, hija del barón Ludwig von Westphalen. El hermanastro de Jenny, Ferdinand von Westphalen, llegaría a ocupar más tarde el puesto de ministro del Interior del Reino de Prusia. Si su padre despertó en él el interés por los ilustrados franceses y alemanes y por la disciplina del razonamiento jurídico, su futuro suegro, con el que tuvo una relación muy estrecha, le inició en el conocimiento de Homero y los trágicos griegos (que siempre leería en el original), en el gusto por el Romanticismo y en la lectura de Dante, Shakespeare y Cervantes. Es probable, además, que Marx debiera a su suegro, buen conocedor de la literatura sansimoniana, su primer contacto con las ideas socialistas. En octubre se matricula en la Facultad de Derecho de la Universidad de Berlín. Asiste a cursos de F. K. von Savigny, E. Gans y H. Steffens. Cultiva intensamente la poesía. Su padre manifiesta su inquietud por la naturaleza «fáustica» y «demoníaca» de Karl Marx y le insta a ser fiel a sus deberes «sagrados» con su prometida.

1837 Nuevos intentos literarios (poesía, novela, drama). Prosigue sus estudios jurídicos, asistiendo también a cursos de filosofía e historia y lee gran cantidad de libros, que extracta, comenta y anota, comenzando así una práctica a la que sería fiel hasta el resto de su vida. Frecuenta, en el Club de los Doctores de Berlín, a escritores y universitarios hegelianos, entre los que destacaban los hermanos Bauer (Bruno y Edgar), K. F. Köppen, Rutenberg, etc. Es éste un período de intensa confrontación con el legado de Hegel.

1838 Muere su padre.

1839 Trabaja en su tesis doctoral (sobre la filosofía epicúrea, estoica y escéptica) y alimenta la esperanza de acceder, al igual que su amigo Bruno Bauer, a una cátedra en Bonn. Lectura de Aristóteles.

1840 Se debilitan sus vínculos familiares, con la consiguiente pérdida de apoyos. Su madre se queja, por otra parte, de la actitud de la familia von Westphalen tras la muerte de su esposo. K. F. Köppen publica un folleto sobre Federico el Grande dedicado a Marx. Continúa trabajando en su tesis, a la vez que proyecta diversos ensayos polémicos sobre los intentos de acomodar religión y filosofía que percibe en ciertos medios universitarios.

1841 Ven la luz en *Athenäum*, revista vinculada a antiguos miembros del Club de los Doctores, sus *Cantos salvajes*. Se trata de su primera publicación. Termina su tesis doctoral —que dedica a su futuro suegro, su «querido y fraternal amigo Ludwig von Westphalen»— y obtiene *in absentia* el título de doctor por la Universidad de Jena el 15 de abril. Lleva a cabo diversas lecturas filosóficas (de Spinoza a Kant). Moses Hess le califica, en carta del 2 de septiembre al novelista Auerbach, como «el más grande, tal vez el único filósofo auténtico viviente», llamado a dar «el golpe de gracia», a pesar de su juventud, «a la religión y a la política medievales». Vuelve a Bonn e inicia una estrecha relación con Bruno Bauer, con quien proyecta publicar —juntamente con L. Feuerbach— unos *Archivos del ateísmo*, más radicales que los *Anales alemanes* de Ruge. Bauer ve prohibida su actividad docente en la Universidad de Bonn y publica la *Trompeta del Juicio Final sobre Hegel* —en cuya redacción interviene Marx. El percance universitario de Bruno Bauer llena a Marx de escepticismo sobre sus propias posibilidades de hacer carrera universitaria.

1842 Muere su futuro suegro el 3 de marzo. Encontrando «insufrible la proximidad de los profesores de Bonn» se traslada a Colonia en abril. Toma la decisión de dedicarse profesionalmente al periodismo. Redacta varios trabajos —sobre la censura, sobre el ateísmo de Feuerbach, etc.—, prepara otros, e inicia su colaboración en la *Gaceta Renana*, fundada el 1 de enero, con una serie de artículos dedicados a los debates de la Sexta Dieta Renana (sobre la libertad de prensa, sobre el conflicto eclesiástico de Colonia, sobre la ley represora de la libre recogida de leña, etc.). En

octubre asume la dirección de la *Gaceta,* órgano dedicado oficialmente a la defensa de los intereses de la numerosa y emprendedora clase media renana, lo que en realidad significa para él una mayor —y, en cierto modo, definitiva— dedicación paralela a la política activa. Bajo su dirección la *Gaceta* adquiere una notoriedad inesperada. Es calificada críticamente de «comunista» por la *Gaceta General* de Augsburgo a raíz de unos artículos sobre la vivienda y las formas comunistas de gobierno, así como por unas alusiones a Fourier y otros pensadores socialistas. De hecho, la *Gaceta* se convierte en un foro de crítica, confrontación y discusión socio-económica, política y filosófico-social. Meses de gran productividad: Marx publica una serie de artículos «radicales» sobre la miseria de los viñadores del Mosela, la constitución corporativa del Estado prusiano, una proyectada reforma de la ley del divorcio, etc. De camino a Inglaterra, Engels visita la redacción de la *Gaceta,* donde publica artículos sobre la situación inglesa. Dificultades crecientes con la censura.

1843 Marx reanuda en sus artículos, sus ataques a la censura prusiana y justifica comentándolos, sus artículos sobre la miseria de los viñadores. El 21 de enero, el Consejo de Ministros bajo la presidencia del rey, decide la supresión de la *Gaceta renana* a partir del próximo 1 de abril. Entre los factores determinantes de esta decisión figuran las presiones del zar de Rusia contra la *Gaceta* a raíz de unos artículos contra el absolutismo ruso. Marx dimite, con todo, ya el 17 de marzo y toma la decisión de emigrar: «En Alemania —escribe a Ruge— no puedo comenzar nada nuevo; aquí está uno obligado siempre a falsificarse». Proyecta, junto con Ruge y Herwegh, una nueva revista radical, los *Anales franco-alemanes,* a publicar en Zúrich. (Finalmente saldría en París.) Se instala en Kreuznach y el 19 de junio contrae matrimonio con Jenny. Trabaja en su *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel* —donde rompe con la visión hegeliana del Estado como institución racional— y lee a Rousseau, Montesquieu, Maquiavelo, etc. En septiembre define, en carta a Ruge, el programa de la nueva revista en términos de «crítica implacable del orden establecido». Se traslada, con su esposa, a París. Trabaja en *La cuestión judía* y la *Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel.*

1844 Ve la luz en París, a fines de febrero, el primer y único fascículo de los *Anales franco-alemanes.* La inevitable persecución del gobierno prusiano, las usuales dificultades financieras y el creciente desacuerdo entre Marx y Ruge, que les llevaría a la ruptura en marzo, hicieron imposible su supervivencia. El citado fascículo contenía la correspondencia de Marx con Ruge del año anterior, *La cuestión judía* y la *Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel,* así como poemas de Heine y Herwegh y ensayos de Engels, Moses Hess, etc. Saca extractos de sus numerosas lecturas de temática económica (obras de Smith, Ricardo, Mill, etc.). Entra en contacto con los miembros de la Liga de los Justos (sociedad se-

creta de orientación comunista fundada en 1836) y frecuenta reuniones obreras. Discute e intercambia puntos de vista con Proudhon y Bakunin. Publica varios artículos en *Vorwärts,* semanario fundado en París por Börnstein y principal plataforma de discusión de los emigrados alemanes en esa ciudad. Polemiza con Ruge y estrecha su amistad y colaboración con Engels, con quien proyecta incluso publicar un folleto conjunto, *La Sagrada Familia,* contra Bauer y sus seguidores. A lo largo del año —y, sobre todo, entre abril y agosto— redacta unos «manuscritos» de temática filosófico-económica, los célebres *Manuscritos del 44* editados por vez primera por Rjazanov en 1932. El 1 de mayo nació su hija Jenny.

1845 Publicación de *La Sagrada Familia.* Bajo la presión del gobierno prusiano, Guizot ordena la expulsión de los colaboradores más significados de *Vorwärts.* Marx se instala, en consecuencia, en febrero en Bruselas. Antes de partir firma con el editor Leske de Darmstadt un contrato para la publicación de una obra en dos volúmenes titulada *Crítica de la política y de la economía política.* Intensas lecturas de economía política. Resume en sus *Tesis sobre Feuerbach* su «nuevo materialismo». Engels se instala también en Bruselas Los dos amigos viajan juntos a Inglaterra y entran en contacto con Weitling y la Liga de los Justos. Nace en septiembre su hija Laura. La estrecha relación iniciada por Marx y Engels les lleva a trabajar en la redacción conjunta de un libro contra Bauer y Stirner, así como de clarificación de sus propias posiciones respecto de las de Feuerbach: *La ideología alemana.* Marx renuncia, el 1 de diciembre, a su ciudadanía prusiana.

1846 Marx y Engels acentúan su activismo revolucionario. Entran en contacto con G. J. Harney, líder cartista, redactor-jefe del *Northern Stern,* así como con numerosos socialistas alemanes. Fundan una red de comités de correspondencia comunista destinada a armonizar y coordinar la teoría y la práctica comunistas en las capitales europeas y que sería el embrión de las futuras Internacionales Comunistas. Marx ataca violentamente el comunismo sectario de Weitling y el filantrópico —no científico, falazmente utópico— de los llamados «socialistas verdaderos» e invita a Proudhon a actuar como corresponsal del Comité de Pans, lo que éste acepta no sin algunas reticencias. La red de comités se implanta paulatinamente en ciertas zonas de Alemania, así como en París y Londres. Primeras dificultades económicas graves. Nace su primer hijo varón, Edgar. El editor Leske le conmina a entregarle el manuscrito o, en caso contrario, a devolverle el adelanto. Lee a finales de año el *Sistema de las contradicciones económicas* de Proudhon, que somete a crítica detallada —anticipando motivos de su réplica de 1847— en carta a Annenkov del 28 de diciembre. No encontrando editor en Alemania para *La ideología alemana,* Marx y Engels dejan el manuscrito a la «roedora crítica de las ratas».

1847 El editor Leske rescinde su contrato a Marx, quien, olvidándose de ese compromiso, concentró sus esfuerzos en el brillante panfleto de réplica a Proudhon, que vería en seguida la luz en Bruselas y París. *Miseria de la filosofía* contenía la primera formulación publicada y sistemática de la concepción materialista de la historia y el propio Marx la recomendaría más tarde como introducción a *El Capital.* Primer congreso de la Liga de los Comunistas en Londres, con asistencia de Engels. Dificultades económicas imposibilitaron la de Marx, quien en agosto es elegido presidente de la «comuna» de Bruselas de la Liga. Publica diversos artículos polémicos. El 9 de noviembre es elegido Vicepresidente de la Asociación Democrática, fundada en Bruselas en septiembre. Viaja a Londres, en compañía de Engels, para participar en el segundo congreso de la Liga. Recibe el encargo de redactar, junto con Engels, un *Manifiesto comunista.* Numerosas conferencias, ante un público obrero, sobre el trabajo asalariado.

1848 Participa en actos de solidaridad con los polacos. Se publica a finales de febrero, en Londres, el *Manifiesto del partido comunista.* Engels diría más tarde que era «esencialmente obra de Marx». Es expulsado de Bélgica (el 3 de marzo) y conducido a la frontera francesa, acompañado de su familia. El gobierno provisional de la República Francesa le «abre las puertas» de Francia. Marx declara que la revolución de febrero no es más que el inicio del movimiento revolucionario europeo y que los obreros alemanes deben permanecer de momento en París, participando en la lucha entre el proletariado y la burguesía de Francia de la que va a depender la suerte de la Europa revolucionaria. Organiza, de todos modos, el regreso de algunos miembros de la Liga a Alemania y él mismo se traslada, en abril, con Engels a Colonia, donde comienzan los preparativos de un gran diario, la *Nueva Gaceta Renana.* Conflicto entre Marx y la comuna de la Liga de los comunistas dirigida por A. Gottschalk. Marx disuelve la Liga, que al no ser un partido de conspiradores ya no tiene razón de ser en un país que disfruta al fin de libertad de prensa. En junio se publica el primer número de la *Nueva Gaceta,* en el que figura Marx como redactor-jefe. En lo que queda de año Marx publica más de 80 artículos en este órgano, y Engels unos 40. La *Nueva Gaceta* dedica un interés preferente a la «guerra revolucionaria» contra Rusia y no cesa en sus ataques a la izquierda del parlamento prusiano y a la burguesía alemana en general, a la que las perspectivas de la revolución de marzo habían llenado de inquietud. El 26 de septiembre, y como consecuencia de la proclamación del estado de sitio en Colonia, la *Nueva Gaceta* es suspendida por un período indeterminado. En octubre toma la dirección de la Asociación Obrera de Colonia y declara que sólo hay un medio para abreviar los dolores de la muerte de la vieja sociedad : el terrorismo revolucionario. Tras afirmar que en Alemania una revolu-

ción burguesa es de todo punto imposible, declara en un artículo de finales de año lo siguiente: «Sublevación revolucionaria de la clase obrera francesa, guerra mundial —ése es el programa para 1849».

1849 Intensa participación en el movimiento obrero alemán. Es procesado —y absuelto— por supuestas injurias a un magistrado de la *Gaceta* y por «incitación a la rebelión». Engels define, frente al romanticismo paneslavo, el odio a los rusos, a los checoslovacos y a los croatas como «la primera pasión revolucionaria» para los alemanes, lo que incita a la izquierda de la Asociación obrera a atacar a Marx por llevar a cabo una táctica contraria a los intereses del proletariado. Se publican en la *Gaceta* las conferencias de Marx de 1847 con el título de «Trabajo asalariado y capital». Tras unos ataques a la monarquía prusiana, el 16 de mayo recibe una orden de expulsión «por haber violado vergonzosamente el derecho de hospitalidad». El 18 de mayo sale, impreso en tinta roja, el último número de la *Gaceta* con un artículo en el que Marx defiende fórmulas como: minar los fundamentos del orden imperante, república social, terrorismo y revolución, etc. Regresa a París y el 19 de julio se le asigna residencia forzosa (Morbihan). Graves apuros económicos. Lassalle le ayuda organizando una suscripción. El 24 de agosto abandona París y se instala en Londres, donde en septiembre se le une su familia. Nace, en octubre, su hijo Guido. Reconstitución del comité central de la Liga de los Comunistas. Marx prevé una gigantesca crisis económica y teme el estallido de una revolución prematura en el continente. Contactos con los cartistas.

1850 Proyecto de estudio detallado de las luchas de clases en el bienio anterior. Surgen así los textos de *Las luchas de clases en Francia.* A la vez que intenta poner en marcha comunas secretas de la Liga en Renania redacta, en colaboración con Engels, una «revista» económica y política de la que saldrán varios cuadernos. En una circular a las comunas Marx y Engels hacen un balance de la revolución de 1848-1849 y determinan que la lucha será llevada a cabo por la organización política autónoma del proletariado. La circular termina con la consigna de «revolución permanente». Representantes de la Liga (entre ellos Marx y Engels), de la organización blanquista y de los cartistas deciden crear una «Sociedad universal de los comunistas revolucionarios». Marx proyecta emigrar a Estados Unidos con su familia, acompañados de Engels. En un escrito de la «revista» de septiembre-octubre Marx y Engels razonan —en clave cada vez menos voluntarista— que en un período de prosperidad general, una revolución real es imposible; sólo una nueva crisis económica generalizada —por otra parte, inevitable— podrá reabrir perspectivas revolucionarias.

1851 Helene Demuth, antigua sirviente de la familia, tiene un hijo de Marx, cuya paternidad asume Engels. Profundos estudios, duran-

te todo el año, de economía política, historia, problemas obreros e industriales, ciencias naturales, estadística, tecnología, etc. Arrestos, en Colonia, de varios miembros de la Liga. Dificultades económicas. Jenny da a luz un cuarto hijo: Franziska. Publicación, en Colonia, de unos *Ensayos reunidos de K. Marx.* Proyecta un gigantesco tratado de *Economía.* Recibe una invitación a colaborar en la *New York Tribune.* Correspondencia con Lassalle. Comienza a trabajar en *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte* para el semanario *Die Revolution,* fundado en Nueva York por su amigo Weydemeyer, recientemente emigrado a Estados Unidos.

1853-1856 Años de graves dificultades económicas para Marx y los suyos, de estudio en múltiples frentes y de aislamiento relativo. Numerosos artículos en diversos órganos periodísticos —*New York Tribune, Neue Oder Zeitung,* etc.— sobre la actualidad política y económica. En marzo de 1854 es nombrado delegado de honor en el Parlamento del trabajo convocado por los cartistas en Manchester. Lee a Cervantes y Calderón y estudia la historia reciente de España por cuyas convulsiones revolucionarias se interesa. Muere en abril de 1855 su hijo Edgar. Gran dedicación, en 1856, a la política extranjera rusa. A finales de ese año escribe una serie de artículos para la *New York Tribune* sobre la crisis financiera y comercial que parece abatirse sobre Europa.

1857-1859 Jenny Marx da a luz un niño que nace muerto en la primavera del 57. Dificultades económicas. Reanuda sus lecturas de economía política y relee la *Lógica* de Hegel. Numerosos artículos en *The Free Press, People's Paper, New York Tribune, Das Volk, Die Reform,* etc. Escribe, asimismo, artículos biográficos e históricos para *The American Encyclopedia.* Dedicado de nuevo a su obra económica, en agosto de 1857 escribe una *Introducción general,* de unas treinta páginas de extensión, para la misma. Esboza en ella por vez primera el plano de conjunto, la estructura lógica e histórica y el método de exposición de su economía. Finalmente prescinde de este escrito para sustituirlo por el *Prefacio* a su *Contribución a la crítica de la economía política,* obra que es publicada, como «primer cuaderno», por el editor Franz Duncker de Berlín, en 1859, gracias a una gestión de Lassalle. Los manuscritos de este período que han quedado —escritos entre octubre de 1857 y marzo de 1859— recibirán más tarde el nombre de *Grundrisse* (primer término del título alemán con el que fueron publicados en Moscú en 1939).

1860-1861 El periodismo absorbe buena parte de su tiempo. El antiguo líder del ala izquierda de la Asamblea de Fráncfort Karl Vogt residente a la sazón en Suiza y supuesto agente a sueldo de Napoleón III, polemiza fuertemente con Marx, del que en el panfleto *Mi proceso contra la Gaceta General,* publicado en 1860 tras algunas actuaciones judiciales contra la *Gaceta General Augsburguesa,* y en seguida agotado, da una imagen de falsario y chantajista que vive de las contribuciones del proletariado a pesar de

sus efectivas vinculaciones con la aristocracia. Mientras proyecta querellarse contra él, Marx publica en Londres a finales del 60, una réplica adecuada a las magnitudes del escándalo: *Señor Vogt.* A finales de noviembre del 60 lee el *Origen de las especies* de Darwin, encontrando en esta obra los «fundamentos naturalistas» de sus propias concepciones. Trabaja en el capítulo sobre el capital de su obra económica. En la primavera de 1861 viaja a Holanda, a casa de su tío Lion Philips, que le adelanta una cantidad apreciable sobre su herencia materna. Es huésped en Berlín —donde intenta sin éxito recuperar la nacionalidad prusiana— de Lassalle y visita, de regreso ya a Inglaterra, a su madre en Tréveris.

1862-1863 Prosiguen y aun se agudizan las dificultades económicas de la familia. Marx llega incluso a ofrecerse —sin éxito— para un empleo en una oficina de ferrocarriles. Se mantiene de sus colaboraciones periodísticas. El otoño del 63 muere su madre, lo que le obliga a viajar a Tréveris. A su regreso se detiene en Holanda, donde cae enfermo. Lassalle visita Londres en el verano del 62 y es huésped de los Marx. Primeras fricciones graves entre Marx y Lassalle. Importante correspondencia con Kugelmann. Se interesa por la cuestión polaca y redacta para la Asociación de obreros alemanes de Londres un manifiesto sobre Polonia. Continúa dedicado a su trabajo crítico-económico, llenando catorce cuadernos de los que sólo los tres últimos versan sobre los temas luego desarrollados en *El Capital* (libro III). Investiga en profundidad las teorías de la plusvalía, llenando muchas páginas sobre el tema. A lo largo del 63 añade cinco nuevos cuadernos a la serie iniciada en el 61: se trata, en realidad, de una primera versión de *El Capital.* Estudia cálculo (diferencial e integral).

1864 Sensible mejoría, gracias a la herencia de la madre de Marx y al legado de su amigo Wilhelm Wolff, de la situación económica de la familia, que se traslada a una vivienda más confortable (en Maitland Park). A finales de verano muere, a consecuencia de un duelo, Lassalle, a quien Marx dedica a pesar de sus reticencias, los debidos elogios. Wilhelm Liebknecht le informa del deseo de un grupo de obreros de confiarle la dirección de la Asociación general de obreros alemanes. Marx acepta en principio, con condiciones. El 28 de septiembre, en St. Martin's Hall es aprobada la fundación de una Asociación Internacional de Trabajadores, a cuyo comité provisional pasa a pertenecer Marx. El 1 de noviembre somete a dicho comité los textos de un *Memorial inaugural* y de unos (posibles) estatutos, que son aprobados por unanimidad. Reencuentro con Bakunin. Marx acepta colaborar en el Sozial-Demokrat, órgano de la Asociación General de obreros alemanes, dirigido por W. Liebknecht y J. B. von Hofstetten. Con todo, en sus cartas a Liebknecht critica el culto que este órgano rinde a Lassalle.

1865 Intensa dedicación a la AIT. Participa en la organización del próximo congreso, que se ha de celebrar en mayo de 1866 en Gine-

bra, y redacta un informe. Nuevas dificultades económicas. Publica un ensayo necrológico sobre Proudhon en el Sozial-Demokrat, órgano del que se distancia oficialmente a raíz de su política de compromiso respecto del gobierno prusiano. Critica, en carta a Kugelmann, las posiciones de Lassalle y los rasgos centrales de su «política realista» de aproximación a Bismarck. El editor Meissner, de Hamburgo, acepta publicar *El Capital.* Decidido —aunque no sistemático— trabajo en el libro III.

1866 Durante el mes de enero Marx pasa a limpio *El Capital.* El exceso de trabajo le provoca una forunculosis, dolores reumáticos e insomnios. Continúa preocupándose por la cuestión polaca e interviene en motines en solidaridad con el pueblo polaco. Dificultades en el Consejo de la AIT. Marx estudia a Comte, a quien considera «digno de compasión» en comparación con Hegel. Redacta, para el Congreso de Ginebra, las instrucciones a los delegados del consejo central; sus tesis son aprobadas por unanimidad. Compromiso matrimonial de Laura Marx y Paul Lafargue. Marx es elegido secretario correspondiente de la AIT para Alemania. Comunica a Kugelmann, vencido ya el otoño, el plan definitivo de *El Capital* en cuatro libros.

1867 Dificultades económicas y de salud. Interviene en un mitin contra Rusia. Charla sobre el trabajo asalariado y el capital ante la Asociación cultural de obreros alemanes en Londres y exalta la «vocación radical» del proletariado alemán. Entrega personalmente al editor en Hamburgo —a donde ha podido trasladarse gracias a una ayuda de Engels— el manuscrito de *El Capital* (I). El editor Meissner le insta a entregarle el libro II en otoño, como máximo. Actividad en la AIT. Da instrucciones a Liebknecht para sus intervenciones en el *Reichstag* de Alemania del Norte. *El Capital,* Libro I, aparece en septiembre en una tirada de 1.000 ejemplares. Se interesa por la cuestión irlandesa. Entra en contacto con Elie Reclus con vistas a una traducción francesa de *El Capital.*

1868-1869 Dificultades económicas: Marx vive prácticamente de las ayudas de Engels. Trabaja en el libro III de *El Capital.* Comienzan a publicarse críticas en la prensa de varios países sobre el Libro I de *El Capital.* Vuelve a enfermar de forunculosis. Contraen matrimonio Laura Marx y Paul Lafargue (el 2 de abril). Intensa dedicación a la AIT. La policía disuelve la Asociación general de obreros de Alemania. Proyectos de traducción rusa de *El Capital.* Engels le comunica —el 29 de noviembre del 68— su decisión de liquidar sus deudas y asegurarle una renta anual, al menos durante los cinco próximos años, de 350 libras. Nace su primer nieto el 1 de enero del 69. Comunica a Engels su decisión de obtener la nacionalidad inglesa. Escribe un Prefacio para la segunda edición de *El 18 de Brumario.* Visita París. Engels publica su primer artículo biográfico sobre Marx. Expone, en Hannover, ante una delegación de sindicalistas «lassallianos», sus puntos de vista sobre las funciones anticapitalistas del sin-

dicalismo. Malestar de Marx ante la creciente influencia de Bakunin en la AIT.

1870 Conflictos con los bakuninistas en el Consejo General de la AIT. En su condición de secretario de esta organización para Alemania, Marx envía, a través de Kugelmann, una «comunicación confidencial» al Comité del Partido Social-Demócrata Alemán sobre la actitud y las actividades de Bakunin desde noviembre de 1864 a la creación de la Alianza. Acusa al anarquista ruso de organizar conspiraciones, así como de intentar utilizar la Internacional para sus objetivos y ambiciones particulares. Nueva dedicación a la cuestión irlandesa. Marx recibe ejemplares de la primera edicion rusa del *Manifiesto.* Dificultades de la sección francesa de la AIT con la policía. Redacta, a instancias del Consejo general, una primera memoria sobre la guerra franco-prusiana. Expresa a Paul y Laura Lafargue su desagrado ante las exhibiciones de entusiasmo patriótico por ambas partes. Marx se entera, por medio de Lopatin, de que Bakunin le hace pasar por agente de Bismarck. Redacta una segunda memoria sobre la guerra, en la que saluda el advenimiento de la República en Francia y previene a Alemania de los peligros de una anexión de territorio francés, que acabará llevándole a una nueva guerra contra Francia y Rusia aliadas («una guerra racial contra las razas eslava y romana unidas»). Gran actividad en los medios obreros londinenses y en la AIT para obtener del gobierno inglés el reconocimiento de la nueva República Francesa. Engels se instala en Londres en las proximidades de la casa que ocupa la familia Marx. Reuniones con la revolucionaria rusa J. L. Tomanovskaia, que le informa sobre las actividades de la sección rusa de la AIT en Ginebra. Discute con ella asimismo sobre las perspectivas revolucionarias de la comuna rural rusa, tema sobre el que volverá en sus últimos años con interés.

1871 Marx ataca, a finales de enero, a Bismarck en una carta abierta enviada al *Daily News* por haber hecho encarcelar, acusados de alta traición, a Bebel y Liebknecht, y a comienzos de febrero se manifiesta en términos muy violentos —en cartas a Lafargue y Kugelmann— sobre las condiciones, sumamente favorables a Bismarck, en que el gobierno francés ha firmado el armisticio. Al difundirse la noticia de la proclamación de la Comuna, Marx invita al Consejo general a promover una vasta campaña de solidaridad con la misma. Desarrolla sus reflexiones sobre la Comuna en una *Memoria sobre la guerra civil en Francia,* en la que trabaja hasta finales de mayo. El 30 de ese mismo mes la lee ante el Consejo, que decide, por unanimidad, su publicación. Ante ciertos ataques a la hipotética intervención de la AIT en la Comuna, Marx niega, en una entrevista concedida al *World* neoyorquino, que la sublevación de París haya sido obra de I Internacional. A propuesta de Engels, el Consejo general decide organizar en el mes de septiembre una Conferencia internacional de la AIT, que

tiene lugar entre el 17 y el 22, con una activa intervención de Marx.

1872 Firma a comienzos de febrero un contrato con el editor francés Lachatre para la publicación, a cargo del autor, de *El Capital* en fascículos. Redacta junto con Engels, en francés, una circular confidencial que resume las discusiones del Consejo general con Bakunin y sus partidarios, dándole el título de *Las presuntas escisiones en la Internacional.* Trabaja en la revisión de *El Capital* para la segunda edición alemana y revisa la traducción francesa de la obra debida a Joseph Roy. Marx agradece a Danielson el envío del ejemplar de la edición rusa de *El Capital* en versión que califica de «magistral». Marx y Engels redactan un prefacio para la reedición del *Manifiesto comunista* en el que evocan la experiencia de la Comuna: «La clase obrera no puede tomar simplemente posesión de la maquinaria estatal tal cual y utilizarla para sus propios fines.» Intensa participación en el Congreso de la AIT, celebrado en La Haya. En un mitin obrero que tiene lugar en Amsterdam, Marx habla de las conclusiones de éste a propósito de la necesidad de la acción política y de la conquista del poder en los siguientes términos: «El obrero debe apoderarse un día del poder político para edificar la nueva organización del trabajo; debe trastocar la antigua política que mantienen las antiguas instituciones, si no quiere, al igual que les ocurrió a los primeros cristianos que descuidaron y despreciaron esta acción, perder el reino del cielo en la tierra.» Si bien —añadía— tal poder podría ser tomado en algunos países como EE UU, Inglaterra e incluso Holanda de forma pacífica, en la mayoría de países del continente «la palanca de nuestra revolución será la violencia».

1873-1875 Dolencias físicas de todo tipo: cefalalgia crónica, secuelas de una vieja hepatitis, riesgo de apoplejía... A pesar de ello, Marx intenta repetidas veces reescribir el libro II de *El Capital* y colabora con Engels en el *Anti-Dühring.* Intensas lecturas: en esta última fase de su vida, más bien pobre desde el punto de vista de la producción propia, Marx llena cerca de tres mil páginas con notas y extractos de lecturas. Apoyo firme de Engels, a todos los niveles, en el curso de estos años. En un artículo titulado «La indiferencia en materia política» —que envía al periódico italiano *La Plebe*— Marx define las dos vías de lucha que deben recorrerse: por una parte, la conquista, por medios legales y pacíficos, de reformas tendentes a favorecer las condiciones de vida de los obreros y el reconocimiento de sus derechos; por otra, el recurso, en caso necesario, a la lucha violenta de cara a «reemplazar la dictadura de la burguesía por la dictadura revolucionaria de los obreros». Crece su interés por los asuntos rusos. A finales del 73 Engels esboza en una carta a Bebel, en su nombre y en el de Marx, las grandes líneas tácticas para conseguir que el Partido Socialdemócrata influya sobre unas masas que aún se muestran

reacias a intervenir en la lucha política. Nuevos conflictos con Bakunin. En previsión de un fracaso, Marx y Engels se abstienen de intervenir en el Congreso de la AIT que se celebra en septiembre del 73 en Ginebra. Bakunin acusa a Marx de ser un «agente policíaco delator y calumniador» y anuncia su retirada de la vida pública, así como su dimisión como miembro de la Internacional. Darwin agradece a Marx, el 1 de octubre del 73, el envío de *El Capital.* Marx reúne, en 1874, materiales de investigación científica de muy diversos tipos para el libro III de *El Capital.* Nuevas recaídas y empeoramiento general de su estado de salud: el médico le aconseja reposo total y una cura en Karlsbad. Marx solicita, el otoño del 74, la nacionalidad inglesa, que le es negada. En octubre de ese año Marx y Engels son informados de las conversaciones entre los partidos lasalliano y socialdemócrata de cara a su unificación. A lo largo del 74 Marx lleva a cabo numerosas lecturas rusas que prosigue durante el año siguiente. Destacan sus notas críticas a *Estatismo y anarquía* de Bakunin, en las que precisa su idea de las revoluciones en los países con predominancia campesina y de la dictadura del proletariado en los occidentales. A requerimiento de W. Bracke, dirigente del Partido Socialdemócrata alemán, Marx expone, en mayo del 75, en unas «glosas marginales», sus opiniones y objeciones al programa —llamado «de Gotha»— del Partido Social-Demócrata Alemán y del lasalliano. Nueva estancia, en otoño del 75, en Karlsbad, que mejora su estado de salud. Lachatre publica la última entrega de la edición francesa de *El Capital.* En una carta a Dietzgen de mediados de diciembre Marx declara su intención de escribir una obra sobre la dialéctica.

1876-1877 El 7 de febrero del 76 Marx pronuncia un discurso en una celebración de la Asociación cultural de los obreros alemanes residentes en Londres, en el que traza la historia de la Liga de los comunistas remontándose a la Liga de los Justos, cuyo carácter internacionalista subraya. Desaprueba, en una carta a Liebknecht, las tentativas de aproximación de los socialdemócratas a los anarquistas. Artículos contra la política rusófila de Gladstone en 1877. Nuevas lecturas sobre Rusia. En una respuesta al populista ruso Mijailovski, Marx niega haber afirmado nunca, de modo fatalista y suprahistórico, que Rusia tendría que pasar por un estadio de desarrollo y afianzamiento del capitalismo antes de poder siquiera proponerse implantar el socialismo.

1878-1879 Marx escribe a Liebknecht pronunciándose a favor de los turcos con ocasión del conflicto ruso-turco. Lecturas de historia economía, agronomía y geología. Denuncia en la prensa las medidas de Bismarck contra los socialdemócratas a raíz de unos atentados contra Guillermo I. Marx comunica a Danielson que el libro II de *El Capital* estará a punto de publicación a finales del 79. Lee diversos trabajos sobre Leibniz, así como los escritos póstumos de Descartes sobre física y matemáticas. Empeora, en

febrero del 79, la enfermedad de Jenny Marx. A solicitud de Marx, Engels redacta en su nombre una carta circular dirigida a los líderes del Partido Socialdemócrata en la que se denuncia el oportunismo del Sozialdemokrat, órgano recién fundado de ese partido. He ahí su razonamiento: «En cuanto a nosotros, después de todo nuestro pasado, sólo nos queda abierto un camino. Hemos señalado, desde hace casi cuarenta años, la lucha de clases como el motor más decisivo de la historia, y hemos indicado la lucha entre la burguesía y el proletariado como la gran palanca de la moderna revolución social [...]. Hemos formulado con motivo de la creación de la Internacional la divisa de nuestro combate: la emancipación de la clase obrera será obra de la propia clase obrera. Por consiguiente, no podemos emprender un camino junto a personas que declaran abiertamente que los obreros son demasiado incultos como para poder liberarse por sí mismos, y que deben ser liberados desde arriba, o sea, por los pequeños y grandes burgueses filántropos».

1880 Durante todo el año Marx trabaja, de modo no regular, en los libros II y III de *El Capital.* Redacta para los socialistas franceses un cuestionario con cien preguntas para una encuesta a realizar entre los obreros sobre su situación económica social y política. Escribe un prefacio para la edición francesa de *Socialismo utópico y socialismo científico,* extracto del *Anti-Dühring* de Engels. Autoriza a D. Nieuwenhuis la publicación de un resumen popular de *El Capital* en holandés. Liebknecht visita en otoño a Marx y Engels y discute con ellos los problemas del partido, así como los del *Sozialdemokrat,* cuya línea oportunista se compromete a modificar. Marx se dirige a Darwin pidiéndole su aprobación para dedicarle el libro II de *El Capital.* Darwin declina el ofrecimiento para «no herir los sentimientos religiosos» de su familia. Aumenta la difusión de las doctrinas marxistas en Rusia. El comité ejecutivo del partido revolucionario ruso *Narodnaia Votia* rinde homenaje a Marx. Durante varios meses Marx lee el *Manual de economía política* de Adolph Wagner, anotando los pasajes que el autor dedica a *El Capital.*

1881-1882 Intensa dedicación a la historia y a los problemas económicos y sociales de Rusia. Vera Zassulitch solicita a Marx, desde Ginebra, que exponga sus opiniones sobre el futuro de Rusia y las posibles vías de acceso de este país al socialismo. Bajo ciertas condiciones —responde Marx— la comuna rural podría convertirse en el punto de partida de una transformación socialista, en «el elemento regenerador de la sociedad rusa». A finales del verano cae Marx gravemente enfermo (peritonitis, bronquitis). Aquejada de un cáncer en el hígado, el estado de salud de su esposa empeora poco después. Jenny Marx fallece, en efecto, el 2 de diciembre. El médico prohíbe a Marx asistir a su entierro. En enero del 82 Marx redacta, en colaboración con Engels, el prefacio de la edición rusa del *Manifiesto.* Abandona Londres para

realizar una cura en Argel y se detiene, en el camino, en Argenteuil, donde viven su hija y Ch. Longuet. De febrero a mayo permanece en Argel. Sufre de insomnio y anorexia. Lecturas históricas y científicas. «Yo no soy marxista», dice Marx con frase que hace pública Engels. Divergencias con Lafargue y con Bernstein.

1883 Fallece Jenny Longuet. El estado de salud de Marx se agrava. Una inflamación de garganta le impide hablar y tragar. Poco después sufre un abceso en el pulmón. Muere el 14 de marzo.

# MANIFIESTO
# DEL
# PARTIDO COMUNISTA

# Manifest

der

# Kommunistischen Partei.

Veröffentlicht im Februar 1848.

Proletarier aller Länder vereinigt Euch!

London.

Gedruckt in der Office der „Bildungs-Gesellschaft für Arbeiter“
von J. E. Burghard.

46, Liverpool Street, Bishopsgate.

[Frontiscipio de la primera edición de 1848]

## SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN

La presente versión al castellano del *Manifiesto del Partido Comunista* de Karl Marx y Friedrich Engels ha sido realizada a partir del texto de la última edición alemana preparada por Engels en 1890. En las notas se recogen, de todos modos, las variantes, respecto a la primera edición de 1848, de las distintas ediciones alemanas (de 1848, 1872, 1883) y de la edición inglesa de 1888 introducidas por los autores, así como las notas adicionales a la última edición inglesa y a la alemana de 1890 añadidas por Engels. En todos los casos se indica explícitamente esta procedencia. Todos los prólogos de los autores del *Manifiesto* a sus diferentes ediciones se incluyen, por otra parte, en este volumen.

Un fantasma recorre Europa —el fantasma del comunismo. Todas las potencias de la vieja Europa se han aliado en una sagrada cacería contra este fantasma, el Papa y el Zar, Metternich y Guizot, radicales franceses y policías alemanes.

¿Dónde está el partido de oposición que no haya sido desacreditado en cuanto comunista por sus adversarios en el gobierno? ¿Dónde está el partido de oposición que no haya a su vez devuelto tanto a los opositores más avanzados como a sus enemigos reaccionarios la estigmatizadora acusación de comunismo?

Dos consecuencias se desprenden de este hecho.

El comunismo es reconocido ya como una potencia por todas las potencias europeas.

Ya es hora de que los comunistas expongan abiertamente ante el mundo entero su punto de vista, sus fines, sus tendencias, oponiendo a la leyenda del fantasma del comunismo un manifiesto del propio partido.

Con este objetivo se han reunido en Londres comunistas de las más diversas nacionalidades y han esbozado el siguiente manifiesto, que es publicado en lengua inglesa, francesa, alemana, italiana, flamenca y danesa.

# I

## BURGUESES Y PROLETARIOS[1]

La historia de todas las sociedades anteriores a la nuestra[2] es la historia de luchas de clases.

Ciudadanos libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, en una palabra, opresores y oprimidos estuvieron siempre enfrentados entre sí, librando una lucha ininterrumpida, en ocasiones velada, en ocasiones abierta, una lucha que finalizó en todos los casos con

---

[1] Por burguesía se entiende la clase de los capitalistas modernos, que son poseedores de los medios sociales de producción y explotan trabajo asalariado. Por proletariado se entiende la clase de los trabajadores asalariados modernos, que, puesto que no poseen medios de producción propios, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo para poder vivir. [*Nota de Engels a la edición inglesa de* 1888.]

[2] Esto significa, hablando con precisión, la historia transmitida *por escrito*. En 1847, la prehistoria de la sociedad, la organización social que precedió a toda la historia fijada por escrito, aún era prácticamente desconocida. Desde entonces, Haxthausen ha descubierto la propiedad comunal de la tierra en Rusia, Maurer ha demostrado que es la base social de la que partieron históricamente todas las tribus teutonas, y poco a poco ha ido descubriéndose que las comunidades aldeanas con posesión común de la tierra fueron la forma primitiva de la sociedad desde la India a Irlanda. Finalmente, la organización interna de esta sociedad comunista en su forma típica fue puesta al descubierto por el hallazgo cimero de Morgan acerca de la verdadera naturaleza de la *gens* y de su posición en la tribu. Con la disolución de estas comunidades originarias comienza la escisión de las sociedades en clases separadas y finalmente opuestas entre sí. [*Nota de Engels a la edición inglesa de 1888 y a la edición alemana de 1890.*] He intentado reconstruir este proceso de disolución en *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, segunda edición, Stuttgart 1886. [*Nota de Engels a la edición inglesa de 1888.*]

una transformación revolucionaria de la sociedad entera o con la destrucción conjunta de las clases en lucha.

En las épocas tempranas de la historia encontramos casi por doquier una estructuración completa de la sociedad en estamentos diferentes, una gradación variada de posiciones sociales. En la antigua Roma tenemos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros y oficiales de los gremios, siervos y, por añadidura, gradaciones particulares en cada una de estas clases.

La sociedad burguesa moderna, salida de la decadencia de la sociedad feudal, no ha abolido los antagonismos de clase. Ha puesto, simplemente, clases nuevas, condiciones nuevas de la opresión, nuevas formas de la lucha en el lugar de las antiguas.

Nuestra época, la época de la burguesía, se caracteriza, con todo, por el hecho de haber simplificado los antagonismos de clase. La sociedad entera se divide cada vez más en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases directamente enfrentadas entre sí: burguesía y proletariado.

De los siervos de la Edad Media surgieron los villanos de las primeras ciudades; a partir de esta clase de ciudadanos se desarrollaron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América y la circunnavegación de África crearon un nuevo terreno para la burguesía ascendente. Los mercados de las Indias Orientales y de la China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, la incrementación de los medios de cambio y de las mercancías en general procuraron al comercio, a la navegación y a la industria un auge desconocido hasta entonces y con ello, una rápida evolución al elemento revolucionario en la sociedad feudal en descomposición.

El sistema de explotación feudal o gremial de la industria vigente hasta entonces ya no bastaba para satisfacer la demanda creciente con los nuevos mercados. Su lugar fue ocupado por la manufactura. Los maestros de los gremios fueron desplazados por la clase media indus-

trial; la división del trabajo entre las diversas corporaciones desapareció ante la división del trabajo dentro del propio taller individual.

Pero los mercados siguieron creciendo ininterrumpidamente, la demanda no dejó de aumentar de continuo. Tampoco la manufactura bastaba ya. Entonces, el vapor y la maquinaria revolucionaron la producción industrial. La manufactura fue sustituida por la gran industria moderna, la clase media industrial fue sustituida por los millonarios industriales, los jefes de ejércitos industriales enteros, los burgueses modernos.

La gran industria ha creado el mercado mundial, que fue preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial ha impulsado una evolución inconmensurable del comercio, de la navegación, de las comunicaciones terrestres. Ésta ha influido a su vez en la expansión de la industria, y en la misma medida en que se expandían la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, se desarrollaba la burguesía, aumentaba sus capitales, relegaba a un plano secundario a todas las clases heredadas de la Edad Media.

Vemos, pues, como la propia burguesía moderna es el producto de un largo proceso evolutivo, de una serie de revoluciones en el modo de producción y de tráfico.

Cada una de estas etapas de la evolución de la burguesía iba acompañada de un correspondiente progreso político[3]. Estamento oprimido bajo el dominio de los señores feudales, asociación armada y dotada de autogobierno en la comuna[4], aquí república urbana indepen-

---

[3] Añadido en 1888: «de esta clase».

[4] Recibían el nombre de «comuna» en Francia las ciudades que surgían, incluso antes de que les fuera dado arrancar a sus señores feudales y maestros autonomía administrativa local y derechos políticos como «Tercer Estado». Hablando en términos generales, hemos citado aquí como país típico de la evolución económica de la burguesía a Inglaterra y como país típico de su evolución política, a Francia. [*Nota de Engels a la edición inglesa de 1888.*]

Así denominaban los habitantes de las ciudades de Italia y Francia a sus comunidades urbanas una vez habían adquirido éstas de sus se-

diente[5], allá tercer estado tributario de la monarquía[6], luego, en la época de la manufactura, contrapeso de la nobleza en la monarquía feudal o en la absoluta[7], base fundamental de las grandes monarquías en general, a partir de la implantación de la gran industria y del mercado mundial conquistó finalmente la hegemonía política exclusiva en el moderno estado representativo. El poder estatal moderno no es otra cosa que un comité que administra los negocios comunes de la clase burguesa, globalmente considerada.

La burguesía ha jugado en la historia un papel máximamente revolucionario.

Allí donde ha llegado al poder, la burguesía ha destruido todas las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Ha desgarrado sin piedad los multicolores lazos feudales que vinculaban a los hombres a sus superiores naturales, sin dejar vivo otro lazo entre hombre y hombre que el interés desnudo, que el insensible «pago al contado». Ha ahogado en las aguas glaciales del cálculo egoísta el sagrado éxtasis del fervor religioso, del entusiasmo caballeresco, del sentimentalismo pequeño-burgués. Ha reducido la libertad personal al valor de cambio, poniendo en lugar de las incontables libertades estatuidas y bien conquistadas una *única* desalmada libertad de comercio. Ha sustituido, en una palabra, la explotación velada por ilusiones políticas y religiosas por la explotación franca, descarada, directa y escueta.

La burguesía ha despojado de su halo sagrado a todas las actividades que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto. Ha convertido al médico, al jurista, al cura, al poeta y al hombre de ciencia en asalariados suyos.

---

ñores feudales los primeros derechos de autonomía administrativa o les habían obligado a cedérselos. [*Nota de Engels a la edición alemana de 1890.*]

[5] Añadido en 1888: «(como en Italia y Alemania)».

[6] Añadido en 1888: «(como en Francia)».

[7] En 1848: «y».

La burguesía ha arrancado su velo sentimentalmente emotivo a las relaciones familiares y las ha reducido a meras relaciones dinerarias.

La burguesía ha puesto de manifiesto hasta qué punto la brutal manifestación de fuerza que la reacción tanto admira en la Edad Media tenía su complemento adecuado en la más indolente holgazanería. Sólo ella ha sacado a la luz lo que puede conseguir la actividad humana. Ha creado obras maravillosas muy distintas a las pirámides egipcias, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, ha puesto en marcha campañas de todo punto diferentes a las migraciones de pueblos y a las cruzadas.

La burguesía no puede existir sin revolucionar permanentemente los instrumentos de producción, esto es, las relaciones de producción, esto es, las relaciones sociales en su conjunto. La conservación inalterada del antiguo modo de producción era, por el contrario, la condición primordial de la existencia de todas las clases industriales anteriores. La revolución permanente de la producción, la conmoción incesante de todas las situaciones sociales, la inseguridad y el movimiento eternos distingue la época burguesa de todas las otras[8]. Todas las relaciones firmes y enmohecidas, con su cortejo de ideas y nociones veneradas de antiguo, se disuelven, todas las de formación reciente se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo estamental y estable se evapora, todo lo sagrado es profanado y los hombres se ven finalmente obligados a contemplar su posición en la vida, sus relaciones mutuas, con ojos fríos.

La necesidad de dar cada vez mayor y más extensa salida a sus productos lanza a la burguesía de una punta a otra del planeta. Tiene que anidar por doquier, tiene que establecerse por doquier tiene que crear conexiones por doquier.

Mediante su[9] explotación del mercado mundial, la burguesía ha configurado de modo cosmopolita la pro-

---

[8] En 1848, 1872 y 1883: «anteriores».

[9] En 1848: «la».

ducción y el consumo de todos los países. Con gran pesar de los reaccionarios, ha arrancado bajo los pies de la industria su suelo nacional. Las primitivas industrias nacionales han sido aniquiladas y aún son aniquiladas a diario. Son desplazadas por nuevas industrias cuya introducción se convierte en una cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que no elaboran ya materias primas locales, sino materias primas procedentes de las zonas más alejadas y cuyos productos no se consumen ya únicamente en el propio país, sino en todos los continentes a la vez. Nuevas necesidades, que reclaman para su satisfacción los productos de los países y climas más remotos, ocupan el lugar de las antiguas, satisfechas por los productos nacionales. Frente a la antigua autosuficiencia y aislamiento locales y nacionales irrumpe un tráfico en todas direcciones, una dependencia general de las naciones las unas respecto de las otras. Y al igual que en la producción material, en la intelectual. Los productos intelectuales de las diferentes naciones se convierten en patrimonio común. La limitación y el exclusivismo nacionales se vuelven cada día más imposibles, y a partir de las múltiples literaturas nacionales y locales se configura una literatura universal.

Mediante el rápido mejoramiento de todos los instrumentos de producción, mediante el constante progreso de unas comunicaciones cada vez más fáciles, la burguesía arrastra hacia la civilización a todas las naciones, incluidas las más bárbaras. Los aquilatados precios de sus mercancías son la artillería pesada con la que bombardean los cimientos de todas las murallas chinas, con la que obliga a capitular a la más obcecada xenofobia de los bárbaros. Obliga a todas las naciones que no quieren sucumbir a apropiarse del modo de producción de la burguesía; las obliga a introducir en su seno la llamada civilización, esto es, las obliga a convertirse en burguesas. En una palabra, se forja un mundo a su propia imagen y semejanza.

La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas, ha incrementado en

alto grado el número de la población urbana en relación con la rural, sustrayendo así una considerable parte de la población al idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros y semibárbaros a los civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos bárbaros, Oriente a Occidente.

La burguesía supera cada vez más la fragmentación de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglomerado a la población, ha centralizado los medios de producción y ha concentrado la propiedad en pocas manos. La consecuencia necesaria de ello ha sido la centralización política. Provincias independientes, apenas aliadas casi, con intereses, leyes, gobiernos y tarifas aduaneras diferentes, han sido comprimidas en *una* nación, *un* gobierno, *una* ley, *un* interés nacional de clase, *una* línea aduanera.

En su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, la burguesía ha creado fuerzas productivas más masivas y colosales que todas las generaciones pasadas juntas. Sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, maquinaria, aplicación de la química a la industria y a la agricultura, navegación a vapor, ferrocarriles, telégrafos eléctricos, roturación de continentes enteros, apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras como surgidas de la tierra —¿qué siglo anterior pudo sospechar siquiera que tales fuerzas productivas dormitaran en el seno del trabajo social?

Hemos visto, pues[10], que los medios de producción y de tráfico sobre cuya base se formó la burguesía, fueron engendrados en la sociedad feudal. En una determinada etapa de la evolución de estos medios de producción y de tráfico, las condiciones en las que la sociedad feudal producía e intercambiaba, la organización feudal de la agricultura y de la manufactura, en una palabra, las relaciones feudales de propiedad cesaron de corresponder al ni-

[10] En 1848: «empero».

vel de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas. En lugar de impulsar la producción, la frenaban. Se convirtieron en otras tantas trabas. Era preciso hacerlas saltar, y se hizo que saltaran.

Su lugar fue ocupado por la libre competencia con la constitución social y política acorde con ella, con la dominación económica y política de la clase burguesa.

Ante nuestros ojos se está produciendo un movimiento análogo. Las relaciones burguesas de producción y de tráfico, las relaciones burguesas de propiedad, la sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir, como por arte de magia, medios tan ingentes de producción y de tráfico, se asemeja al hechicero que no es capaz de conjurar ya los poderes subterráneos que él mismo ha conjurado. Hace ya decenios que la historia de la industria y el comercio es sólo[11] la historia de la rebelión de las fuerzas productivas modernas contra las relaciones modernas de producción, contra las relaciones de propiedad que son las condiciones de existencia de la burguesía y de su dominación. Basta mencionar las crisis comerciales, que con su recurrencia periódica cuestionan de modo cada vez más amenazador la existencia de la entera sociedad burguesa. Una gran parte no sólo de los productos generados, sino[12] de las fuerzas productivas ya creadas es destruida regularmente en las crisis comerciales. En las crisis estalla una epidemia social que a todas las épocas anteriores les habría parecido un contrasentido —la epidemia de la sobreproducción. La sociedad se ve súbitamente retrotraída a un estado de barbarie momentánea; una hambruna, una guerra general de exterminio[13] parecen haberle privado de todos sus medios de vida; la industria, el comercio, parecen aniquilados. Y ¿por qué? Porque posee demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada industria,

---

[11] Interpolado en 1848: «ya».
[12] Interpolado en 1848: «hasta».
[13] En 1848: «guerra de devastación».

demasiado comercio. Las fuerzas productivas que tiene a su disposición ya no sirven al fomento[14] de las relaciones burguesas de producción; resultan ya, por el contrario, demasiado poderosas para estas relaciones, que frenan su desarrollo; y tan pronto como superan este freno, desordenan la sociedad burguesa entera, ponen en peligro la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para abarcar la riqueza por ellas generada. ¿Cómo supera la burguesía las crisis? Por una parte, mediante la destrucción forzada de una masa de fuerzas productivas; por otra, mediante la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de[15] mercados viejos. ¿Cómo, pues? Preparando crisis más extensas y más violentas y reduciendo los medios para prevenir las crisis.

Las armas con las que la burguesía ha abatido al feudalismo se vuelven ahora contra la propia burguesía.

Pero la burguesía no ha forjado sólo las armas que le darán muerte; ha engendrado también a los hombres llamados a manejarlas —los obreros modernos, los *proletarios*.

En la misma medida en que se desarrolla la burguesía, esto es, el capital, se desarrolla también el proletariado, la clase de los obreros modernos, que sólo viven mientras encuentran trabajo y que sólo lo encuentran mientras su trabajo incrementa el capital. Estos obreros, obligados a venderse por piezas, son una mercancía como cualquier otro artículo de comercio y están, en consecuencia, sometidos igualmente a todos los avatares de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

Como consecuencia de la expansión de la maquinaria y la división del trabajo, el trabajo de los proletarios ha perdido todo carácter autónomo y, con ello, todo atractivo para el obrero. Éste se convierte en un simple accesorio de la máquina, al que sólo se le exigen las ope-

---

[14] Interpolado en 1848: «de la civilización burguesa y».

[15] En 1848 y 1872: «los».

raciones más sencillas, más monótonas y de más fácil aprendizaje. Los costes que origina el obrero se reducen, en consecuencia, casi exclusivamente a los medios de vida que necesita para su manutención y para la propagación de su raza. Pero el precio de una mercancía y, por tanto, también el del trabajo[16], es igual a sus costos de producción. De ahí que el salario decrezca en la misma medida en que aumenta el lado desagradable del trabajo. Más aún, en la misma medida en que se incrementan la maquinaria y la división del trabajo, se eleva asimismo la cantidad[17] del trabajo, sea por aumento de las horas de trabajo, sea por incremento del trabajo exigido en un tiempo dado, por aceleración del movimiento de las máquinas, etc.

La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Masas obreras, apiñadas en la fábrica, son organizadas militarmente. En su condición de soldados industriales rasos son puestos bajo la supervisión de toda una jerarquía de suboficiales y oficiales. No sólo son esclavos de la clase burguesa, del estado burgués, sino que son esclavizados a diario y a toda hora por la máquina, por el capataz y, sobre todo, por el propio fabricante burgués individual. Este despotismo es tanto más mezquino, aborrecible y exasperante cuanto más abiertamente proclama la ganancia como su objetivo[18].

Cuanto menos requiere el trabajo manual de habilidad y empleo de la fuerza, esto es, cuanto más se desarrolla la industria moderna, tanto más desplazado pasa a ser el trabajo de los hombres por el de las mujeres[19]. Las

---

[16] En lugar de los conceptos de «valor del trabajo» y «precio del trabajo», Marx y Engels se sirvieron en obras posteriores de los conceptos, técnicamente más elaborados, de «valor de la fuerza de trabajo» y «precio de la fuerza de trabajo». Desde la perspectiva teórica de Marx y Engels el obrero no vende, en efecto, su trabajo, sino su *fuerza de trabajo.*

[17] En 1888: «carga».

[18] En 1848, 1872 y 1883: «último».

[19] En 1848: «y los niños».

diferencias de sexo y edad no tienen ya vigencia social para la clase obrera. Sólo hay ya instrumentos de trabajo, que acarrean diferentes costos según su sexo y edad.

Una vez que la explotación del obrero por el fabricante ha concluido y aquél recibe el pago de su salario en efectivo, caen sobre él las partes restantes de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etc.

Las pequeñas capas medias existentes hasta la fecha, los pequeños industriales, comerciantes y rentistas, los artesanos y campesinos, todas estas clases van hundiéndose en el proletariado, en parte porque su pequeño capital resulta insuficiente para la explotación de la gran industria y sucumbe a la competencia con los capitalistas de mayor envergadura, en parte porque sus habilidades quedan desvalorizadas en virtud de nuevos modos de producción. El proletariado se recluta así, por tanto, entre todas las clases de la población.

El proletariado recorre diversas etapas evolutivas. Su lucha contra la burguesía comienza con su existencia.

En un principio luchan los obreros individuales, luego los obreros de una fábrica, después los obreros de un ramo laboral en una localidad contra el burgués individual que los explota directamente. No dirigen sus ataques únicamente contra las relaciones burguesas de producción, sino contra los instrumentos mismos de producción; destruyen las mercancías extranjeras que compiten con ellos, destrozan las máquinas, incendian las fábricas, tratan de conquistar nuevamente la desaparecida posición del trabajador medieval.

En esta etapa, los obreros constituyen una masa diseminada por todo el país y fragmentada por la competencia. La cohesión masiva de los obreros no es aún la consecuencia de su propia unificación, sino la consecuencia de la unificación de la burguesía, que a fin de lograr sus propios objetivos políticos debe poner al proletariado entero en movimiento, cosa que de momento aún puede hacer. En esta etapa los proletarios no combaten, pues, aún a sus enemigos, sino a los enemigos de sus enemi-

gos, a los restos de la monarquía absoluta, a los terratenientes, a los burgueses no industriales, a los pequeñoburgueses. Todo el movimiento histórico se concentra, de esta suerte, en manos de la burguesía; cada victoria que se alcanza de este modo es una victoria de la burguesía.

Pero con el desarrollo de la industria no sólo se acrecienta el proletariado, sino que se va concentrando en masas cada vez mayores, su fuerza aumenta y la percibe más. Los intereses, las condiciones de vida en el seno del proletariado se igualan cada vez más a medida que la maquinaria borra crecientemente las diferencias en el trabajo y reduce el salario por doquier a un nivel igualmente bajo. La creciente competencia de los burgueses entre sí y las crisis comerciales de ello resultantes llevan a que los salarios sean cada vez más fluctuantes; el constante y acelerado perfeccionamiento de la maquinaria coloca al obrero en una situación vital cada vez más precaria; las colisiones entre el obrero individual y el burgués individual asumen cada vez más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones[20] contra los burgueses y actúan en común para defender su salario. Llegan hasta formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios en previsión de estas sublevaciones circunstanciales. Aquí y allá la lucha estalla en motines.

De tanto en tanto triunfan los obreros, pero sólo pasajeramente. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unificación, cada vez más amplia, de los obreros. Esta unificación se ve favorecida por los crecientes medios de comunicación puestos en pie por la gran industria y que permiten entrar en contacto a los obreros de las diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes tienen el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases. Toda lucha de clases es, sin embargo, una lucha política. Y la unifi-

[20] Interpolado en 1888: «(Trade-Unions)».

cación, para la que los habitantes de las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, necesitaron siglos, es puesta en marcha, en unos pocos años, por los proletarios modernos con los ferrocarriles.

Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político, es destruida una y otra vez por la competencia entre los propios obreros. Pero renace siempre de nuevo, más fuerte, más firme, más poderosa. Aprovechando las divisiones internas de la burguesía, arranca el reconocimiento legal de algunos intereses de la clase obrera. Así, por ejemplo, el *bill* de diez horas en Inglaterra.

En general, las colisiones de la vieja sociedad favorecen de diversas maneras el proceso de desarrollo del proletariado. La burguesía vive en lucha permanente: al principio, contra la aristocracia; después, contra aquellas fracciones de la misma burguesía cuyos intereses entran en contradicción con los progresos de la industria; siempre contra la burguesía en todos los demás países. En todas estas luchas se ve forzada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda y a arrastrarle así al movimiento político. De este modo proporciona al proletariado los elementos[21] de su propia formación, es decir, armas contra ella misma.

El progreso de la industria precipita, además, como acabamos de ver, en las filas del proletariado a capas enteras de la clase dominante o, al menos, las amenaza en sus condiciones de existencia. También éstas aportan al proletariado numerosos elementos formativos[22].

Finalmente, en los períodos en los que la lucha de clases se acerca a su desenlace, el proceso de desintegración de la clase dominante, de toda la vieja sociedad, adquiere un carácter tan violento y tan patente que una pequeña fracción de esta clase reniega de ella y se adhiere a la clase revolucionaria, a la clase en cuyas manos está

---

[21] Interpolado en 1888: «políticos y generales».

[22] En 1888: «elementos de ilustración y progreso».

el futuro. Y así como antes una parte de la nobleza se pasó a la burguesía, en nuestros días un sector de la burguesía se pasa al proletariado, particularmente ese sector de los ideólogos burgueses que se han elevado hasta la comprensión teórica del movimiento histórico en su conjunto.

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases decaen y perecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar.

Los estratos intermedios, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino, todos ellos combaten a la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales estratos intermedios. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía, son reaccionarios[23], tratan de hacer girar hacia atrás la rueda de la historia. Si son revolucionarios, lo son en el sentido de su tránsito inminente al proletariado, en el sentido de que defienden no sus intereses actuales, sino sus intereses futuros, en el sentido, en fin, de que abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado.

El lumpenproletariado[24], esa putrefacción pasiva de las capas más bajas de la vieja sociedad, puede ser arrastrado a veces al movimiento por una revolución proletaria; en virtud del conjunto de sus condiciones de vida estará más bien dispuesto a dejarse sobornar y prestarse a maniobras reaccionarias.

Las condiciones de vida de la vieja sociedad están ya abolidas en las condiciones de vida del proletariado. El proletariado carece de propiedades; sus relaciones con la mujer y con los hijos no tienen nada en común con las

---

[23] Interpolado en 1848, 1872 y 1883: «pues».

[24] Como *Lumpenproletariat* entienden Marx y Engels el sector de las capas sociales más bajas, próximo, en realidad, a la delincuencia, integrado por holgazanes de oficio, vagabundos, ladrones de poca monta, embaucadores, etc.

relaciones familiares burguesas; el trabajo industrial moderno, el moderno sojuzgamiento bajo el capital, que es el mismo en Inglaterra y en Francia, en Norteamérica y en Alemania, ha despojado al proletariado de todo carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión son para él meros prejuicios burgueses, detrás de los que se ocultan otros tantos intereses de la burguesía.

Todas las clases que en el pasado lograron convertirse en dominantes, trataron de consolidar la situación adquirida sometiendo la sociedad entera a las condiciones de su modo de apropiación. Los proletarios sólo pueden conquistar las fuerzas productivas sociales aboliendo su propio modo anterior de apropiación y, en consecuencia todo el modo de apropiación vigente hasta el presente. Los proletarios no tienen nada propio que asegurar; tienen que destruir todas las seguridades y garantías privadas hasta ahora existentes.

Todos los movimientos precedentes fueron movimientos de minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es el movimiento independiente de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, estrato inferior de la sociedad actual, no puede levantarse, no puede enderezarse, sin hacer saltar por los aires toda la superestructura de los estratos que conforman la sociedad oficial.

Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primero una lucha nacional. El proletariado de cada país debe acabar, naturalmente, en primer lugar con su propia burguesía.

Al esbozar las fases más generales de la evolución del proletariado hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos velada que se desarrolla en el seno de la sociedad existente hasta el punto en que estalla en una revolución abierta y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, implanta su dominio.

Todas las sociedades anteriores se han basado, como hemos visto, en la contradicción entre clases opresoras y oprimidas. Pero para poder oprimir a una clase es preci-

so asegurarle unas condiciones que le permitan, por lo menos, sobrellevar su existencia esclavizada. El siervo llegó a convertirse, en pleno régimen de servidumbre, en miembro de la comuna, igual que el pequeño-burgués se elevó a la categoría de burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, por el contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, se hunde cada vez más por debajo de las condiciones de su propia clase. El obrero se convierte en indigente y la indigencia crece más rápidamente todavía que la población y la riqueza. Viene, pues, a mostrarse claramente que la burguesía ya no es capaz de seguir desempeñando el papel de clase dominante de la sociedad ni de imponer a ésta, como ley reguladora, las condiciones de vida de su clase. No es capaz de dominar porque no es capaz de asegurar a su esclavo la existencia ni siquiera dentro de su esclavitud, porque se ve obligada a dejarle decaer hasta el punto de tener que alimentarlo en lugar de ser alimentada por él. La sociedad ya no puede vivir bajo su dominio, esto es, su vida ya no resulta compatible con la sociedad.

La condición[25] esencial de la existencia y del dominio de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de particulares, la formación y multiplicación del capital. La condición del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, cuyo agente involuntario e incapaz de oponérsele es la burguesía, sustituye el aislamiento de los obreros resultante de la competencia por su unificación revolucionaria mediante la asociación. El desarrollo de la gran industria socava, pues, bajo los pies de la burguesía las bases sobre la que ésta produce y se apropia de lo producido. Produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables.

---

[25] Interpolado en 1848, 1872 y 1883: «más».

## II

## PROLETARIOS Y COMUNISTAS

¿En qué relación están los comunistas con los proletarios en general?

Los comunistas no son un partido especial frente a los demás partidos obreros.

No tienen intereses separados de los intereses de todo el proletariado.

No establecen principios especiales[26] según los cuales busquen moldear el movimiento proletario.

Los comunistas se distinguen únicamente de los restantes partidos proletarios porque, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios destacan y hacen valer los intereses comunes de todo el proletariado, independientes de la nacionalidad; por la otra, por el hecho de que, en las diversas fases de desarrollo que recorre la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre el interés del movimiento general.

Por consiguiente, los comunistas son, prácticamente, la parte más resuelta de los partidos obreros de todos los países, la que siempre impulsa hacia adelante; teóricamente tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.

El objetivo inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitu-

[26] En 1848, 1872 y 1883: «sectarios».

ción del proletariado como clase, derrocamiento del dominio de la burguesía, conquista del poder político por parte del proletariado.

Los postulados teóricos del comunismo no se fundan en modo alguno en ideas, en principios, que hayan sido inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo.

Sólo son expresiones generales de relaciones efectivas de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que transcurre ante nuestros ojos. La abolición de las relaciones de propiedad existentes hasta la fecha no es algo que caracterice peculiarmente al comunismo.

Todas las relaciones de propiedad han estado sometidas a un cambio histórico constante, a una transformación histórica permanente.

La Revolución Francesa, por ejemplo, abolió la propiedad feudal a favor de la burguesa.

Lo que caracteriza al comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa.

Pero la propiedad privada burguesa moderna es la expresión última y más perfecta de la producción y apropiación de los productos que descansa en las contradicciones de clase, en la explotación de los unos[27] por los otros[28].

En este sentido los comunistas pueden resumir su teoría en esta expresión única: abolición de la propiedad privada.

Se nos ha reprochado a los comunistas el querer abolir la propiedad personalmente adquirida, fruto del trabajo propio; esa propiedad que constituiría el fundamento de toda libertad, actividad e independencia personales.

¡Propiedad bien adquirida, fruto del trabajo, del esfuerzo personal! ¿Os referís acaso a la propiedad peque-

---

[27] En 1888: «la mayoría».

[28] En 1888: «la minoría».

ño-burguesa, pequeño-campesina, que precedió a la propiedad burguesa? No necesitamos abolirla: el progreso de la industria la ha abolido y está aboliéndola a diario.

¿O habláis acaso de la propiedad privada burguesa moderna?

Pero, ¿es que el trabajo asalariado, el trabajo del proletario crea propiedad para éste? De ninguna manera. Lo que crea es capital, es decir, la propiedad que explota al trabajo asalariado y que no puede multiplicarse sino a condición de producir nuevo trabajo asalariado, para explotarlo a su vez de nuevo. En su forma actual, la propiedad se mueve en la contradicción entre el capital y el trabajo asalariado. Examinemos los dos términos de esta contradicción.

Ser capitalista no significa sólo ocupar una posición meramente personal en la producción, sino también una posición social. El capital es un producto comunitario y sólo puede ser puesto en movimiento por la actividad conjunta de muchos miembros de la sociedad y, en última instancia, sólo por la actividad conjunta de todos los miembros de la sociedad.

El capital no es, pues, una potencia personal; es una potencia social.

Por consiguiente, cuando el capital se transforma en propiedad común, perteneciente a todos los miembros de la sociedad, no se transforma propiedad personal en social. Sólo cambia el carácter social de la propiedad. Pierde su carácter de clase.

Vayamos al trabajo asalariado:

El precio medio del trabajo asalariado es el mínimo del salario, es decir, la suma de los medios de subsistencia indispensables para mantener en vida al obrero como obrero. Por consiguiente, lo que el obrero asalariado se apropia por su actividad sólo basta para la reproducción pura y nuda de su vida. De ninguna manera queremos abolir esta apropiación personal de los productos del trabajo indispensable a la reproducción de la vida humana directa, una apropiación que no deja nin-

gún beneficio neto que pueda dar un poder sobre el trabajo de otro. Sólo queremos suprimir el carácter miserable de esta apropiación, que hace que el obrero no viva sino para acrecentar el capital y tan sólo en la medida en que el interés de la clase dominante exige que viva.

En la sociedad burguesa el trabajo vivo no es más que un medio para multiplicar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista, el trabajo acumulado no es más que un medio para ampliar, enriquecer y mejorar el proceso vital de los trabajadores.

En la sociedad burguesa el pasado domina, en consecuencia, sobre el presente; en la comunista, el presente sobre el pasado. En la sociedad burguesa el capital es independiente y personal, mientras que el individuo que trabaja es dependiente e impersonal.

¡Y la burguesía llama abolición de la personalidad y de la libertad a la abolición de semejante estado de cosas! Y con razón. Porque de lo que, en cualquier caso, se trata es de abolir la personalidad, la independencia y la libertad burguesas.

En el marco de las actuales relaciones burguesas de producción se entiende como libertad el libre comercio, la libre compra y venta.

Desaparecido el chalaneo, desaparecerá también la libertad de chalanear. Las declamaciones sobre la libertad de chalaneo, lo mismo que las restantes bravatas liberales de nuestra burguesía[29], sólo tienen sentido, en realidad, aplicadas al chalaneo encadenado, al burgués sojuzgado de la Edad Media, pero no en lo que hace a la abolición comunista del chalaneo, de las relaciones burguesas de producción y de la propia burguesía.

Os horrorizáis de que queramos abolir la propiedad privada. Pero en vuestra sociedad establecida la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros; existe precisamente porque no existe para esas nueve décimas partes. Nos reprocháis, pues,

---

[29] En 1888: «nuestros burgueses».

que queramos abolir una propiedad que presupone como condición necesaria la falta de propiedad de la inmensa mayoría de la sociedad.

Nos reprocháis, en una palabra, que queramos abolir vuestra propiedad. Eso es, en efecto, lo que queremos.

A partir del momento en que el trabajo no puede ya convertirse en capital, dinero, en renta de la tierra, dicho brevemente, en una potencia social monopolizable, esto es, a partir del momento en que la propiedad personal no puede ya transformarse en burguesa, a partir de ese momento declaráis que la persona ha sido abolida.

Confesáis, pues, que como persona no entendéis a ningún otro que al burgués, al propietario burgués. Y esta persona tiene, en efecto, que ser abolida.

El comunismo no le quita a nadie el poder de apropiarse de productos sociales, sólo quita el poder de sojuzgar trabajo ajeno mediante esta apropiación.

Se ha objetado que con la abolición de la propiedad privada cesaría toda actividad y sobrevendría una holgazanería general.

De acuerdo con esto, la sociedad burguesa hubiera tenido que sucumbir a la inercia hace ya mucho tiempo; puesto que *los* que en ella trabajan, no adquieren, y *los* que adquieren en ella, no trabajan. Esta objeción se reduce íntegramente a la tautología de que tan pronto como no hay ya trabajo asalariado, no hay ya capital.

Todas las objeciones que se formulan contra el modo comunista de apropiación y producción se han extendido igualmente contra la apropiación y producción de los productos del espíritu. Así como para el burgués el cese de la propiedad de clase es el cese de la producción misma, el cese de la formación de clase es idéntico al cese de la formación en general.

La formación cuya pérdida deplora es, para la enorme mayoría, la educación para convertirse en máquinas.

Pero no discutáis con nosotros midiendo la abolición de la propiedad burguesa con el patrón de vuestras ideas burguesas de libertad, educación, derecho, etc. Vuestras

propias ideas son productos de las relaciones burguesas de producción y de propiedad, como vuestro derecho no es otra cosa que la voluntad de vuestra clase elevada a ley, una voluntad cuyo contenido viene dado en las condiciones materiales de vida de vuestra clase.

Compartís con todas las clases dominantes que han sucumbido la interesada idea con la que transformáis vuestras relaciones de producción y propiedad, de las relaciones históricas y pasajeras en el curso de la producción que son, en leyes naturales y racionales eternas. Sois incapaces de concebir para la propiedad burguesa lo que sí concebís para la propiedad antigua, lo que sí concebís para la propiedad feudal.

¡Abolición de la familia! Hasta los más radicales se indignan ante este ignominioso designio de los comunistas.

¿Sobre qué bases se asienta la familia actual, la familia burguesa? Sobre el capital, sobre el lucro privado. Plenamente desarrollada, sólo existe para la burguesía; pero encuentra su complemento en la forzada falta de familia de los proletarios y en la prostitución pública.

Cuando este complemento suyo desaparece, la familia burguesa deja, obviamente, de existir, y uno y otra desaparecen con la desaparición del capital.

¿Nos reprocháis que queramos abolir la explotación de los hijos por sus padres? Confesamos este crimen.

Decís, empero, que abolimos los vínculos más íntimos al sustituir la educación doméstica por la educación social.

¿Y acaso vuestra educación no está determinada también por la sociedad? ¿No lo está acaso por las relaciones sociales dentro de las que educáis, por la intromisión, unas veces directa, otras indirecta, de la sociedad, mediante la escuela, etc.? Los comunistas no inventan la intromisión de la sociedad en la educación; transforman, simplemente, su carácter, sustrayendo la educación a la influencia de la clase dominante.

Las declaraciones retóricas burguesas sobre familia y educación, sobre la entrañable relación entre padres e

hijos, resultan tanto más repugnantes cuanto más se desgarran, a efectos de la gran industria, todos los vínculos familiares para los proletarios y los hijos son convertidos en meros artículos de comercio e instrumentos de trabajo.

¡Pero vosotros, los comunistas, queréis introducir la comunidad de las mujeres!, nos grita a coro toda la burguesía.

El burgués ve en su mujer un mero instrumento de producción. Oye decir que los instrumentos de producción han de ser explotados comunitariamente, y, como es natural, no puede menos de imaginarse que el destino de la utilización común ha de afectar también a las mujeres.

No sospecha que se trata precisamente de abolir la situación de las mujeres como meros instrumentos de producción.

Nada resulta más ridículo, por lo demás, que la indignación, propia de la más depurada moral, de nuestros burgueses ante la presunta comunidad oficial de las mujeres de los comunistas. Los comunistas no necesitan introducir la comunidad de las mujeres; ha existido casi siempre.

No satisfechos con que las mujeres e hijos de sus proletarios estén a su disposición, por no hablar ya de la prostitución oficial, nuestros burgueses encuentran un placer especial en seducir mutuamente a sus esposas.

El matrimonio burgués es, en realidad, la comunidad de las esposas. Lo máximo que podría reprocharse a los comunistas es que en lugar de una comunidad hipócritamente velada de las mujeres quisieran implantar otra abierta y oficial. Por lo demás, va de suyo que con la abolición de las actuales relaciones de producción desaparecerá asimismo la comunidad de mujeres de ellas resultante, esto es, la prostitución oficial y la no oficial.

Se ha reprochado asimismo a los comunistas que querrían acabar con la patria, con la nacionalidad.

Los obreros no tienen patria. No es posible quitarles lo que no tienen. Puesto que el proletariado aún tiene que conquistar para sí el poder político, aún tiene que elevarse a clase nacional[30], aún tiene que constituirse como nación, es todavía nacional, aunque en absoluto en el sentido de la burguesía.

Los aislamientos y contradicciones nacionales de los pueblos desaparecen ya cada vez más con la evolución de la burguesía, con la libertad de comercio, con el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las correspondientes condiciones de vida.

El dominio del proletariado los hará desaparecer aún más. Una de las condiciones de su liberación es la acción unificada, cuanto menos de los países civilizados.

En la medida en que es abolida la explotación de un individuo por otro, es abolida la explotación de una nación por otra.

Con la desaparición de la contradicción de las clases en el seno interno de la nación[31], desaparece la posición hostil de las naciones entre sí.

Las acusaciones que se formulan contra el comunismo desde puntos de vista religiosos, filosóficos e ideológicos en general no merecen un examen detallado.

¿Se necesita acaso una gran perspicacia para comprender que con las condiciones de vida de los hombres, con sus relaciones sociales, con su existencia social, cambian también sus ideas, puntos de vista y conceptos, en una palabra, su consciencia?

¿Qué otra cosa demuestra la historia de las ideas sino que la producción espiritual se transforma con la material? Las ideas dominantes de una época fueron siempre las ideas de la clase dominante.

Se habla de ideas que revolucionan una sociedad entera; con ello se expresa simplemente el hecho de que en el seno de la vieja sociedad se han formado los elemen-

---

[30] En 1888: «a clase dirigente de la nación».

[31] En 1848: «de las naciones».

tos de una sociedad nueva, que la disolución de las viejas ideas marcha al mismo paso que la disolución de las antiguas condiciones de vida.

Cuando el mundo antiguo se encontraba en su ocaso, las viejas religiones fueron vencidas por la religión cristiana. Cuando las ideas cristianas sucumbieron en el siglo XVIII a las ideas ilustradas, la clase feudal libraba su lucha a muerte contra la burguesía, entonces revolucionaria. Las ideas de libertad de conciencia y de religión sólo expresaban el dominio de la libre competencia en el ámbito del saber[32].

«Sin embargo», se dirá, «las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etc. han ido modificándose, más allá de toda duda, en el curso de la evolución histórica. La religión, la moral, la filosofía, la política, el derecho, se han conservado en este cambio.

»Hay además verdades eternas, como libertad, justicia, etc., que son comunes a todas las situaciones sociales. El comunismo suprime las verdades eternas, suprime la religión, la moral, en lugar de darles nueva forma; contradice, pues, todas las evoluciones históricas existentes hasta la fecha».

¿A qué se reduce esta acusación? La historia de toda la sociedad existente hasta la fecha se ha movido dentro de contradicciones de clase, moduladas de modos distintos en las distintas épocas.

Pero cualquiera que haya sido la forma adoptada, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todos los siglos anteriores. Por consiguiente, no tiene nada de milagroso que la consciencia social de todos los siglos se mueva, a despecho de toda variedad y diversidad, dentro de ciertas formas comunes, dentro de unas formas de consciencia[33] que no se extinguen por completo más que con la desaparición del antagonismo de clases.

---

[32] En 1848: «de la consciencia».

[33] En 1848, 1872 y 1883: omitido «de consciencia».

La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad tradicionales; nada tiene de extraño que en su curso evolutivo rompa de la manera más radical con las ideas tradicionales.

Pero dejemos las objeciones de la burguesía contra el comunismo.

Vimos ya cómo el primer paso en la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia.

El proletariado utilizará su dominio político para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para incrementar con la mayor rapidez posible la masa de las fuerzas productivas.

En un principio tal cosa sólo podrá ocurrir, naturalmente, mediante intervenciones despóticas en el derecho de propiedad y en las relaciones burguesas de producción, en virtud, pues, de medidas que parecen económicamente insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasan a sí mismas y son inevitables como medio para revolucionar todo el modo de producción.

Estas medidas serán diferentes, naturalmente, según los diferentes países.

En los países más avanzados podrían, no obstante, ponerse en marcha, de forma más o menos generalizada, las siguientes:

1. Expropiación de la propiedad de la tierra y empleo de la renta de la tierra para los gastos del estado.
2. Fuertes impuestos progresivos.
3. Supresión del derecho de herencia.
4. Confiscación de la propiedad de todos los emigrantes y sediciosos.
5. Centralización del crédito en manos del estado por medio de un banco nacional con capital estatal y monopolio exclusivo.

6. Centralización del[34] transporte en manos del estado.
7. Multiplicación de las fábricas nacionales, de los instrumentos de producción, roturación de los terrenos incultos y mejora de los campos de acuerdo con un plan general.
8. Trabajo obligatorio igual para todos, organización de ejércitos industriales, especialmente para la agricultura.
9. Unificación de la explotación agraria e industrial; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente la diferencia[35] entre la ciudad y el campo.
10. Educación pública y gratuita de todos los niños. Abolición del trabajo fabril de los niños en su forma actual. Unificación de la educación con la producción material, etc.[36]

Una vez desaparecidas en el curso de la evolución las diferencias de clases y concentrada toda la producción en las manos de los individuos asociados, el poder público pierde el carácter político. El poder político en sentido estricto es el poder organizado de una clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se unifica necesariamente en clase, se convierte en clase dominante en virtud de una revolución y suprime, como clase dominante, por la fuerza las viejas relaciones de producción, entonces suprime, con estas relaciones de producción, las condiciones de existencia de la contradicción de clases, las clases en general y con ello su propio dominio como clase.

El lugar de la vieja sociedad burguesa con sus clases y contradicciones de clases pasa a ser ocupado por una asociación en la que el libre desarrollo de cada cual es la condición para el libre desarrollo de todos.

---

[34] Interpolado en 1848: «todos».
[35] En 1848: «oposición».
[36] En 1848, 1872 y 1883: «etc., etc.».

*This page intentionally left blank*

## III

## LITERATURA SOCIALISTA Y COMUNISTA

### I. El socialismo reaccionario

#### a) *El socialismo feudal*

Por su posición histórica la aristocracia francesa e inglesa estaba llamada a escribir panfletos contra la moderna sociedad burguesa. En la revolución francesa de 1830, en el movimiento reformista inglés, había sucumbido una vez más al odiado advenedizo. Ya no cabía siquiera hablar de una lucha política seria. Sólo le quedaba la lucha literaria. Pero también en el terreno literario resultaban ya inservibles los recursos retóricos de la época de la Restauración[37]. Para despertar simpatías la aristocracia estaba obligada a aparentar que no tenía en cuenta sus propios intereses, que formulaba su acta de acusación contra la burguesía en interés exclusivamente de la clase obrera explotada. Vino así a darse el gusto de entonar canciones difamatorias contra su nuevo amo y de susurrarle al oído profecías más o menos agoreras.

De este modo surgió el socialismo feudal, en parte jeremiada y en parte libelo, en parte eco del pasado y en parte amenaza del futuro; capaz en ocasiones de acertar a la burguesía en pleno corazón con juicio amargo e in-

[37] No se alude aquí a la época de la Restauración inglesa, comprendida entre 1660 y 1689, sino a la de la Restauración francesa de 1814-1830. [*Nota de Engels a la edición inglesa de 1888.*]

geniosamente destructivo y produciendo siempre un efecto cómico por su total incapacidad para comprender la marcha de la historia.

A guisa de bandera blandían en su mano el zurrón del mendigo para congregar al pueblo tras sí. Pero cada vez que éste los seguía, divisaba en sus cuartos traseros los viejos blasones feudales y se dispersaba entre risas estentóreas y poco respetuosas.

Una parte de los legitimistas franceses[38] y la Joven Inglaterra[39] fueron los mejores organizadores de esta representación teatral.

Cuando los feudales demuestran que su forma de explotación era de naturaleza totalmente distinta a la explotación burguesa, olvidan simplemente que explotaban en condiciones y circunstancias totalmente diferentes y hoy por completo superadas. Cuando demuestran que bajo su dominio no existió el proletariado moderno, olvidan simplemente que la burguesía moderna fue, precisamente, un retoño necesario de su orden social.

Por lo demás, ocultan tan escasamente el carácter reaccionario de su crítica, que su acusación central a la

---

[38] El 2 de agosto de 1830 Carlos X, heredero legítimo de Luis XVI y último soberano de la Restauración posnapoleónica en esa línea de la Casa de Borbón, se vio obligado a abdicar. La Cámara de los Diputados optó por ofrecer el trono de Francia a Luis Felipe de Orleans, el «rey burgués», monarca constitucional cuyo padre había abrazado explícitamente la causa de la Revolución Francesa, lo que a ojos de un grupo de partidarios de la monarquía tradicional de derecho divino le privaba de toda legitimidad. Estos monárquicos «legitimistas» defendieron, y siguieron defendiendo a lo largo del XIX, en consecuencia, el derecho al trono del pretendiente mejor situado en la línea de sucesión directa de Luis XVI, definido como «legítimo». Luis Felipe de Orleans, miembro de una rama lateral de los Borbones, fue derrocado, por otra parte, en 1848. Los legitimistas franceses, representantes de la gran propiedad hereditaria de la tierra y de sus intereses, adoptaron a menudo una combativa retórica populista.

[39] Grupo de políticos y literatos ingleses pertenecientes al partido *tory*. Este grupo *(Young England)* se formó a comienzos de la cuarta década del siglo XIX. Sus miembros, portavoces del descontento de la vieja aristocracia ante la creciente hegemonía económica y política de la burguesía industrial y financiera, intentaron conseguir influencia en medios obreros para reforzar su política antiburguesa.

burguesía es precisamente la de que bajo su régimen se desarrolla una clase que hará volar por los aires todo el viejo orden social.

En la práctica política participan, consecuentemente, en todas las medidas represivas que se toman contra la clase obrera, y en la vida cotidiana se las arreglan, a pesar de toda su retórica ampulosa, para recoger las doradas manzanas[40] y trocar fidelidad, amor, honor por el comercio en lanas ovinas, remolacha y aguardiente[41].

Al igual que el clérigo iba del brazo de los feudales, el socialismo clerical va del brazo del socialismo feudal.

Nada más fácil que dar al ascetismo cristiano un tinte socialista. ¿Acaso no libró también el cristianismo sus batallas contra la propiedad privada, contra el matrimonio, contra el estado? ¿No predicó acaso, en su lugar, la caridad y la mendicidad, el celibato y la mortificación de la carne, la vida monástica y la iglesia? El socialismo cristiano[42] no es sino el agua bendita con la que el clérigo consagra la irritación del aristócrata.

### b) *El socialismo pequeño-burgués*

La aristocracia feudal no es la única clase que ha sido derrocada por la burguesía y cuyas condiciones de vida se deterioraron y perecieron en la sociedad burguesa moderna. Los villanos medievales y el estamento del pequeño campesinado fueron los precursores de la burgue-

---

[40] Interpolado en 1888: «caídas del árbol de la industria».

[41] Se trata de una observación válida principalmente para Alemania, donde la nobleza rural y los *junkers* encargan a sus administradores la explotación, por cuenta propia, de buena parte de sus dominios, siendo además grandes productores de azúcar de remolacha y aguardiente de patatas. Los aristócratas ingleses más ricos no han caído aún tan bajo; pero saben también cómo puede compensarse el descenso de la renta mediante la cesión de su nombre a fundadores más o menos dudosos de sociedades anónimas. [*Nota de Engels a la edición inglesa de 1888*]

[42] En 1848: «sacro».

sía moderna. En los países de industria y comercio menos desarrollados, esta clase continúa vegetando junto a la burguesía ascendente.

En los países en los que se ha desarrollado la civilización moderna se ha formado una nueva pequeña burguesía que oscila entre el proletariado y la burguesía y que, como parte complementaria de la sociedad burguesa, sigue renovándose constantemente, una clase cuyos individuos se ven de continuo precipitados por la competencia a las filas del proletariado, teniendo incluso que enfrentarse a su próxima desaparición general en cuanto fracción independiente de la sociedad moderna, con su consiguiente sustitución en el comercio, en la manufactura y en la agricultura por capataces y dependientes.

En países como Francia, en los que la clase campesina constituye mucho más de la mitad de la población, era de todo punto natural que los escritores que optaron por defender al proletariado contra la burguesía recurrieran en su crítica del régimen burgués al patrón de medida pequeño-burgués y pequeño-campesino, tomando posición por los obreros desde el punto de vista de la pequeña burguesía. Así se formó el socialismo pequeño-burgués. Sismondi[43] es el más alto exponente de esta literatura, no sólo en lo que afecta a Francia, sino también a Inglaterra.

---

[43] Jean-Charles-Léonard Simonde de Sismondi (1773-1842), historiador y economista, nació en Ginebra. En 1800 publicó su *Tableau de l'agriculture toscane* a su regreso de Inglaterra, país en el que su familia buscó refugio a raíz de los acontecimientos desencadenados en buena parte de la Europa continental por la Revolución Francesa. En 1803 publicó *De la richesse commerciale,* obra que le valió la oferta, que no se decidió a aceptar, de la cátedra de economía política de la Universidad de Vilna. Acompañó a Madame de Staël en su viaje a Italia, junto a August Wilhelm von Schlegel y otras celebridades de la época. Durante los Cien Días llegó a entrevistarse con Napoleón, cuyo programa constitucional siempre defendió. Autor de varios estudios históricos de relieve, su obra más importante, *Nouveaux principes d'economie politique,* vio la luz en 1819. En ella llevó a cabo una crítica del librecambismo a ultranza preconizado por Say, Ricardo o Malthus, llamada a ejercer gran influencia en círculos diversos, algunos de ellos de filiación socialista.

Este socialismo analizó con suma lucidez las contradicciones inherentes a las modernas relaciones de producción. Denunció y puso al descubierto las hipócritas apologías de los economistas. Demostró de una manera irrefutable los efectos destructores de la maquinaria y de la división del trabajo, la concentración de los capitales y de la propiedad territorial, la superproducción, las crisis, la necesaria ruina de los pequeño-burgueses y de los campesinos, la miseria del proletariado, la anarquía en la producción, las desigualdades escandalosas en la distribución de las riquezas, la guerra de exterminio industrial de las naciones entre sí, la disolución de las antiguas costumbres, de las antiguas relaciones familiares, de las antiguas nacionalidades.

En lo que hace a su contenido positivo este socialismo se propone, sin embargo, bien restaurar los viejos medios de producción y de tráfico y, con ellos, las viejas relaciones de producción y la vieja sociedad, bien encerrar por la fuerza los medios modernos de producción y de tráfico en el marco de las viejas relaciones de producción, que fueron y tuvieron que ser hechas saltar por aquéllos. En ambos casos es reaccionario y utópico a un tiempo.

Sistema gremial en la manufactura y economía patriarcal en el campo, ésa es su última palabra.

En su evolución ulterior esta tendencia se ha extraviado en un cobarde gimoteo[44].

### c) *El socialismo alemán o* «verdadero»

La literatura socialista y comunista de Francia, que surgió bajo la presión de una burguesía dominante y que es la expresión literaria de la lucha contra esta bur-

[44] En 1888 esta oración estaba formulada del siguiente modo: «Por último, cuando los obstinados hechos históricos hubieron disipado todo espejismo de autoengaño, esta forma de socialismo degeneró en un lamentable gimoteo».

guesía, fue introducida en Alemania en una época en la que la burguesía estaba precisamente dando los primeros pasos en su lucha contra el absolutismo feudal.

Filósofos, semifilósofos e intelectuales alemanes se apoderaron con avidez de esta literatura, olvidando, sin embargo, que las condiciones francesas de vida no habían entrado en Alemania a la vez que aquellos escritos. Confrontada a las condiciones alemanas, la literatura francesa perdió todo significado práctico inmediato, adoptando un aspecto puramente literario. Tuvo que aparecer como una especulación ociosa[45] acerca de la realización del ser humano. Para los filósofos alemanes del siglo XVIII sólo tenían, pues, el sentido de ser exigencias de la «razón práctica» en general, y, a sus ojos, las manifestaciones de la voluntad de la burguesía revolucionaria francesa significaban las leyes de la voluntad pura, de la voluntad tal como ésta debe ser, de la voluntad verdaderamente humana.

El trabajo exclusivo de los literatos alemanes consistió en poner en concordancia las nuevas ideas francesas con su vieja consciencia filosófica o, más bien, en apropiarse de las ideas francesas desde su punto de vista filosófico.

Esta apropiación tuvo lugar del mismo modo en que tiene, por lo general, lugar la apropiación de una lengua extranjera, mediante la traducción.

Es sabido que sobre los manuscritos en los que estaban registradas las obras clásicas de la antigua época pagana los monjes escribían, superponiéndolas, absurdas historias católicas de santos. Los literatos alemanes procedieron a la inversa con la literatura francesa profana. Escribían sus sinsentidos filosóficos tras del original francés. Tras de la crítica francesa de las relaciones dinerarias, por ejemplo, escribían «enajenación de la esencia humana», tras de la crítica francesa del estado burgués

[45] Interpolado en 1848: «acerca de la sociedad real».

escribían «superación del dominio de lo general abstracto», etc.

Bautizaron la interpolación de estos giros filosóficos en los desarrollos franceses como «filosofía de la acción», «socialismo verdadero», «ciencia alemana del socialismo», «fundamentación filosófica del socialismo», etcétera.

La literatura comunista-socialista francesa vino a ser así formalmente castrada. Y como en manos de los alemanes dejó de expresar la lucha de una clase contra la otra, el alemán se convenció de haber superado la «unilateralidad francesa», de haber abogado por la necesidad de la verdad en lugar de haberlo hecho por necesidades reales, por los intereses de la esencia humana en lugar de por los del proletariado, por los de ese ser humano que no pertenece a clase alguna, que no pertenece en absoluto a la realidad, sino al cielo neblinoso de la fantasía filosófica.

Este socialismo alemán, que se tomaba con tanta seriedad y de modo tan solemne sus torpes ejercicios escolares y que tan gárrulamente los vociferaba a los cuatro vientos, fue perdiendo, con todo, a ritmo cada vez más acelerado su pedante inocencia.

La lucha de la burguesía alemana y, especialmente, de la prusiana, contra los feudales y la monarquía absoluta, en una palabra, el movimiento liberal, cobró una seriedad cada vez mayor.

Se le brindó así al socialismo «verdadero» la tan deseada oportunidad de oponer las reivindicaciones socialistas al movimiento político, de lanzar los usuales anatemas contra el liberalismo, contra el estado representativo, contra la competencia burguesa, la libertad burguesa de prensa, el derecho burgués, la libertad y la igualdad burguesas, y de predicar a la masa del pueblo cómo con este movimiento burgués nada tenían que ganar y sí, antes bien, *todo* que perder. El socialismo alemán olvidó oportunamente que la crítica francesa, de la que no era sino un eco trivial, presuponía la moderna sociedad burguesa

con las correspondientes condiciones materiales de vida y la correspondiente constitución política, presupuestos todos ellos por cuya consecución aún había que luchar en Alemania.

Cumplió así para los gobiernos absolutos alemanes y su séquito de clérigos, maestros de escuela, hidalgos de terrón y burócratas el bienvenido papel de espantapájaros contra la amenaza de la burguesía ascendente.

Constituyó el edulcorado complemento de los amargos latigazos y disparos con los que esos mismos gobiernos procedieron a sofocar las revueltas obreras alemanas.

Y así, si el socialismo «verdadero» fue un arma en manos de los gobiernos contra la burguesía alemana, también representó directamente un interés reaccionario, el interés de la pequeña burguesía alemana[46]. La pequeña burguesía, proveniente del siglo XVI y que desde esa fecha había reaparecido una y otra vez en diversas formas, constituye en Alemania el verdadero fundamento social del estado de cosas imperante. Su conservación es la conservación del estado de cosas alemán imperante. Del dominio industrial y político de la burguesía teme su ruina segura, a consecuencia, por una parte, de la concentración del capital y, por otra, de la irrupción de un proletariado revolucionario. Dio en pensar que el socialismo «verdadero» mataba, en su favor, dos pájaros de un tiro. Y este socialismo se propagó como una epidemia.

Este ropaje, tejido con telarañas especulativas, bordado de flores retóricas de aire altamente espiritual, empapado de un cálido rocío sentimental, este ropaje ampuloso, con el que los socialistas alemanes recubrían su par de descarnadas «verdades eternas», no hizo más que aumentar la venta de su mercancía entre este público.

Por su parte, el socialismo alemán reconoció con fuerza creciente su vocación de ser el representante pomposo de esta pequeña burguesía.

---

[46] En 1888: «los filisteos alemanes».

Proclamó la nación alemana como la nación normal y el pequeño burgués alemán[47] como el hombre normal. Confirió a todas las infamias de éste un sentido oculto, superior, socialista, en orden al que pasaban a significar su contrario. Manifestándose directamente contra la orientación «brutalmente destructiva» del comunismo y proclamando su superioridad imparcial por encima de todas las luchas de clases, llevó las cosas hasta sus últimas consecuencias. Con muy pocas excepciones, todo cuanto circula en Alemania como escritos presuntamente socialistas y comunistas pertenece al ámbito de esta literatura turbia y enervante[48].

## 2. El socialismo conservador o burgués

Una parte de la burguesía desea remediar los males sociales para asegurar la subsistencia de la sociedad burguesa.

Forman en sus filas: economistas, filántropos, humanitarios, mejoradores de la situación de las clases trabajadoras, organizadores de la beneficencia, protectores de los animales, fundadores de sociedades que predican la templanza, la más variopinta clase de reformistas de poca monta. Este socialismo burgués ha sido, por lo demás, reelaborado también en sistemas completos.

Citaremos como ejemplo la obra de Proudhon[49] *Philosophie de la misère.*

---

[47] En 1888: «a los pequeños filisteos alemanes».

[48] La tormenta revolucionaria de 1848 ha barrido con esta mezquina orientación, quitando a sus defensores y representantes las ganas de seguir actuando en el socialismo. Figura principal y tipo clásico de esta orientación es el señor Karl Grün. [*Nota de Engels a la edición alemana de 1890.*]

[49] Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), socialista-anarquista francés, nació en la ciudad de Besançon, en el seno de una familia de artesanos, pequeños propietarios y comerciantes. Intervino en la revolución de 1848, fue diputado, y en marzo de 1849 fue condenado a tres años de prisión por injurias al Jefe del Estado. Desde posiciones anar-

Los burgueses socialistas están a favor de las condiciones de vida de la sociedad moderna, pero sin las luchas y peligros que surgen necesariamente de ellas. Quieren la sociedad existente, pero eliminando de la misma los elementos que la revolucionan y disuelven. Quieren la burguesía sin el proletariado. Como es natural, la burguesía se representa el mundo en el que domina como el mejor de los mundos. El socialismo burgués convierte esta consoladora representación en un sistema a medias o global. Cuando exhorta al proletariado a realizar sus sistemas y[50] entrar en la nueva Jerusalén, lo que en el fondo reclama no es sino que se detenga en la sociedad actual, pero desprendiéndose de sus imágenes hostiles de la misma.

Una segunda forma, menos sistemática, aunque[51] más práctica de este socialismo, intentó disuadir a la clase obrera de cualquier movimiento revolucionario, haciéndole ver que no tal o cual transformación política, sino sólo una transformación de las relaciones materiales de vida, de las relaciones económicas, podría serle de utilidad. Sólo que como transformaciones de las condiciones materiales de vida este socialismo no entiende en absoluto la abolición de las relaciones burguesas de producción, únicamente posible por vía revolucionaria, sino mejoras administrativas introducidas en el terreno de estas relaciones de producción, mejoras que en nada modifican, por tanto, la relación entre capital y trabajo asalariado, sino que, en el mejor de los casos, disminuyen a la burguesía los costes de su dominio y simplifican su administración estatal.

---

quistas Proudhon atacó en numerosas publicaciones e intervenciones públicas, en las que hizo gala de una formidable oratoria, toda clase de gobierno y aun la existencia misma del Estado, manifestándose asimismo a favor del federalismo y, con notable capacidad premonitoria, de los sindicatos. Marx polemizó vehementemente con las tesis expuestas por Proudhon en su *Philosophie de la misère*. Proudhon escogió como lema suyo *Destruam et aedificabo*. La destrucción es el anarquismo y la reconstrucción, el mutualismo y el federalismo.

[50] En 1848: «para».

[51] En 1848, 1872 y 1883: «y».

El socialismo burgués sólo alcanza su expresión idónea cuando se convierte en mera figura retórica.

¡Libre comercio! En interés de la clase obrera; ¡protección arancelaria! En interés de la clase obrera. ¡Prisiones celulares! En interés de la clase obrera: he ahí la última palabra del socialismo burgués, la única dicha verdaderamente en serio.

El socialismo de la burguesía consiste, pues, precisamente en afirmar que los burgueses son burgueses —en interés de la clase obrera.

### 3. El socialismo y el comunismo utópico-críticos

No nos ocupamos aquí de la literatura que en todas las grandes revoluciones modernas expresó las exigencias del proletariado. (Escritos de Babeuf[52], etc.)

Los primeros intentos del proletariado por imponer de modo directo, en una época de efervescencia general, en el período del derrocamiento de la sociedad feudal, su propio interés de clase, fracasaron necesariamente a consecuencia tanto de la condición escasamente desarrollada del proletariado mismo como de la ausencia de las condiciones materiales de su liberación, que son sólo, hablando con precisión, producto de la época burguesa. La literatura revolucionaria que acompañó esos prime-

---

[52] François-Noel Babeuf (1760-1797), revolucionario y comunista francés, nació en la Picardía. Adoptó el nombre de Graco, en memoria de los famosos hermanos romanos. Desarrolló una incesante actividad de agitación política, llegando a dirigir el *Journal de la liberté de la presse*. Avanzando, en nombre de los intereses del proletariado, sobre la teoría jacobina de Robespierre, Babeuf, en colaboración con Buonarroti y otros compañeros, trazó las líneas maestras de una «conspiración de los iguales» llamada a instaurar un sistema «justo», comunista, desde una concepción explícitamente no utópica del mismo. El gobierno logró desarticular el plan insurreccional —precedente, según algunos historiadores, de la teoría leninista de la revolución dirigida por una elite revolucionaria—, y una treintena de «iguales», entre ellos Graco Babeuf, fueron condenados a la pena capital. Louis Blanc y August Blanqui fueron discípulos suyos.

ros movimientos del proletariado es, desde el punto de vista de su contenido, necesariamente reaccionaria. Predica un ascetismo general y un tosco igualitarismo.

Los sistemas socialistas y comunistas propiamente dichos, los sistemas de Saint-Simon[53], Fourier[54],

---

[53] Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825), aristócrata francés de supuesta estirpe carolingia, veterano de la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos de América, activista político y autor de una extensa obra que vino a convertirse pronto en un objeto de culto para sus seguidores, es uno de los máximos responsables de la difusión de ideas proto-socialistas en la Europa de su tiempo. Convencido de que la sociedad entera reposa sobre la industria y ésta es la única fuente decisiva de riqueza, Saint-Simon se convirtió en el apóstol de la «clase industrial», el sector laborioso y creador de la sociedad, llamado a ocupar el primer rango en un orden reconstruido en clave social igualitaria y de economía planificada. Saint-Simon fue el maestro principal de Auguste Comte, lo que, unido al hecho de haber propuesto, en 1813, la creación de una ciencia positiva de la moral y la política, así como de la humanidad en general, le convierte en uno de los «padres fundadores» de la sociología científica. De todos modos, su escuela se convirtió en una verdadera «iglesia», nucleada en torno a su última obra, *La nouveau christianisme* (1825), que es un alegato a favor de la conveniencia moral de dedicar todas las energías sociales a «la clase más numerosa y más pobre». Tras la disgregación de la Iglesia Saint-Simoniana, de inequívoco significado socialista, algunos de sus discípulos optaron por convertirse en emprendedores y finalmente prósperos hombres de negocios, en «capitanes» de la industria.

[54] François-Marie-Charles Fourier (1772-1837), nacido en Besançon, ha pasado a la historia como un «socialista utópico» de honda y duradera influencia. Al igual que Adam Smith, Fourier tomó pronto nota de los aspectos inhumanos del nuevo trabajo industrial, pero, a diferencia de él, no dio en considerarlos como inevitables, sino como superables mediante una mejor organización del lugar de trabajo y del trabajo mismo. Imaginó así unas unidades de trabajo o «falanges» llamadas a desarrollar su labor en emplazamientos especiales de producción a los que bautizó con el nombre de «falansterios». Como Rousseau, Fourier hizo suya la creencia en la bondad natural del hombre y en el poder corruptor de la sociedad moderna, pero, a diferencia de él, no propuso como remedio de los males de la época el retorno al estado de naturaleza, sino la aceptación de los avances técnicos del industrialismo, adecuadamente reorganizados en cuanto a su marco social de desarrollo. De la reorganización social que propuso destaca la idea de la posibilidad efectiva para él —de la armonía, de la eliminación de la feroz competencia industrial, que crea obreros esclavos del capitalismo. Fourier propugnó el garantismo —o sistema de servicios públicos llamados a acoger al obrero en caso de necesidad—, el derecho al trabajo y el cooperativismo. En México y Estados Unidos llegaron a fun-

Owen[55], etc., sólo surgen durante el primer período, escasamente desarrollado, de la lucha entre el proletariado y la burguesía, a cuya descripción procedimos arriba. (Véase «Burgueses y proletarios».)

Los inventores de esos sistemas perciben, ciertamente, el antagonismo de las clases, así como la efectividad de los elementos disolventes en la propia sociedad dominante. Pero no vislumbran, en lo que hace al proletariado, iniciativa histórica propia alguna, no divisan movimiento político alguno específico del mismo.

Como la evolución del antagonismo entre las clases va de consuno con la evolución de la industria, tampoco encuentran las condiciones materiales para la liberación

---

darse falansterios fourerianos en número apreciable, y su obra *Le nuoveau monde industriel et societarie,* de 1829, fue muy leída.

[55] Robert Owen (1771-1858), nació en Newton, Montgomeryshire, Gales. Hijo de un herrero y autodidacta, llegó muy pronto a contramaestre de una fábrica de hilados de Manchester. Su habilidad le convirtió en copropietario de la misma. En 1800 adquirió en New Lanark, Escocia, unas hilanderías de algodón que hizo famosas. Su empresa se convirtió en un modelo de eficiencia y productividad, en el marco de un espacio urbano rehumanizado por Owen, que construyó viviendas higiénicas para los obreros, instaló guarderías y escuelas para sus hijos y en los períodos de crisis siguió pagando los sueldos íntegros. Este empeño, excepcional en su época, suscitó gran admiración en gentes tan dispares como Bentham, que le ayudó económicamente, o el zar Nicolás de Rusia. En esta etapa de su vida Owen propugnó, en obras como *A New View of Society* (1813), en un marco general reformista, la transformación del carácter humano a través de una reorganización de su medio ambiente, así como la extensión y profundización de la educación, el cooperativismo y el pleno empleo. Con el tiempo Owen radicalizó sus posiciones, acentuando su crítica del individualismo de los economistas liberales y subrayando las consecuencias negativas de la libre competencia. Para predicar con el ejemplo se trasladó al estado norteamericano de Indiana, donde fundó una colonia, Nueva Armonía, que fracasó. A su regreso a Inglaterra Owen se puso al frente del movimiento obrero sindicalista y cooperativista, llegando a presidir en 1833 la *Grand Consolidated Trades Union* que él mismo había formado, germen de las *Trade Union* británicas. Sus ideas cooperativistas tuvieron gran influencia en su tiempo, aunque fueron relegadas en ocasiones a un segundo plano por el cartismo, y sus esfuerzos organizativos de la clase obrera están en la raíz del sindicalismo socialista británico.

del proletariado y buscan una ciencia social, buscan leyes sociales para crear estas condiciones.

El lugar de la actividad social ha de ser ocupado por su actividad inventiva personal; el lugar de las condiciones históricas de la liberación, por condiciones fantásticas; el lugar de una organización progresiva, paso a paso, del proletariado como clase, por una organización de la sociedad diseñada por ellos mismos. La historia universal futura pasa así a disolverse para ellos en la propaganda y en la realización práctica de sus planes sociales.

Son conscientes, desde luego, de defender en sus planes fundamentalmente los intereses de la clase obrera en tanto en cuanto ésta es la que más padece. El proletariado sólo existe para ellos desde este punto de vista de su condición de la clase que ha de cargar con un mayor sufrimiento.

La forma escasamente desarrollada de la lucha de clases, así como su propia posición en la vida les llevan a creer que están muy por encima de ese antagonismo de las clases. Quieren mejorar las condiciones de vida de todos los miembros de la sociedad, también de los que están en mejor posición. En consecuencia, apelan constantemente a la sociedad entera sin distinciones y, preferentemente, incluso a la clase dominante. Con comprender tan sólo su sistema se reconocería ya el mejor proyecto posible de la mejor sociedad posible.

Rechazan por ello toda acción política, en especial toda posible acción revolucionaria; pretenden alcanzar su objetivo por vía pacífica e intentan con la ayuda de pequeños experimentos, naturalmente fallidos, abrir camino al nuevo evangelio social por medio del ejemplo.

La[56] descripción fantástica de la sociedad futura[57] surge en una época en la que el proletariado aún está a un nivel mínimo de desarrollo, es decir, en que él mismo concibe aún de manera fantástica su propia posición,

---

[56] En 1848: «Esta».

[57] En 1848: «corresponde a».

sus primeros impulsos, llenos de presentimientos, hacia una transformación general de la sociedad.

Pero los escritos socialistas y comunistas constan asimismo de elementos críticos. Convierten los fundamentos todos de la sociedad existente en blanco de su crítica. Y precisamente por eso han procurado un material sumamente valioso para la ilustración de los obreros. Sus principios positivos sobre la sociedad futura, como, por ejemplo, abolición del antagonismo entre[58] ciudad y campo, de la familia, de la ganancia privada, del trabajo asalariado, la proclamación de la armonía social, la transformación del estado en una mera administración de la producción, todos estos principios suyos expresan simplemente la desaparición del antagonismo de clases, que apenas si está comenzando ahora, en realidad, a desarrollarse, y al que sólo conocen en su primera e informe indefinición. De ahí que tales principios sólo tengan un sentido puramente utópico.

La importancia del socialismo y del comunismo utópico-críticos es inversamente proporcional a su desarrollo histórico. En la misma medida en que la lucha de clases se desarrolla y toma cuerpo, esta fantástica elevación por encima de la misma, este modo fantástico de combatirla, pierde todo valor práctico, toda justificación teórica. Por ello, aunque los autores de estos sistemas fueron revolucionarios en muchos aspectos, sus discípulos forman sectas cada vez más reaccionarias Se aferran a los antiguos puntos de vista de sus maestros frente a la prosecución del desarrollo histórico del proletariado. Dirigen, en consecuencia, sus esfuerzos a intentar mitigar de nuevo la lucha de clases y a mediar entre los antagonismos. Siguen soñando todavía con la realización experimental de sus utopías sociales, con la fundación de falansterios aislados, con el establecimiento de colonias interiores, con la instauración de una pequeña Icaria[59]

---

[58] En 1848: «de».

[59] Falansterios era el término con que se designaban las colonias socialistas proyectadas e ideadas por Charles Fourier; Icaria denominó

—edición en dozavo de la nueva Jerusalén—, y para la construcción de todos estos castillos en el aire se ven obligados a apelar a la filantropía de los corazones y de los bolsillos burgueses. Poco a poco van cayendo dentro de la categoría de los socialistas reaccionarios o conservadores arriba descritos, y sólo se diferencian ya de ellos por una pedantería más sistemática, por su fanática fe supersticiosa en los efectos milagrosos de su ciencia social.

Por ello se enfrentan encarnizadamente a todo movimiento político de los obreros, que sólo podría surgir de una ciega falta de fe en el nuevo evangelio.

En Inglaterra, los owenistas reaccionan contra los cartistas; en Francia, los fourieristas lo hacen contra los reformistas[60].

---

Cabet a su utopía, y más tarde a su colonia comunista de América. [*Nota de Engels a la edición inglesa de 1888.*]

Owen denomina *home colonies* (colonias interiores) a sus sociedades comunistas modélicas. Falansterios era el nombre de los palacios sociales planeados por Fourier. Icaria se llamaba el país utópico-fantástico cuyas instituciones comunistas diseñó Cabet. [*Nota de Engels a la edición alemana de 1890.*]

[60] Seguidores del diario parisino *La Reforme*, que se pronunciaban a favor de la República y de la puesta en marcha de reformas políticas de carácter democrático y, asimismo, de reformas sociales.

## IV

## POSICIÓN DE LOS COMUNISTAS FRENTE A LOS DIVERSOS PARTIDOS OPOSITORES

De acuerdo con el apartado II, la relación entre los comunistas y los partidos obreros ya constituidos, vale decir, su relación con los cartistas en Inglaterra y los reformistas agrarios en Norteamérica, se entiende por sí sola.

Luchan por alcanzar los fines e intereses presentes inmediatos de la clase obrera, pero en el movimiento actual representan asimismo el futuro del movimiento. En Francia, los comunistas se unen al Partido Socialista Democrático[61] contra la burguesía conservadora y radical, sin renunciar por ello al derecho de mantener una actitud crítica frente a la fraseología y a las ilusiones provenientes de la tradición revolucionaria.

En Suiza apoyan a los radicales, sin desconocer que este partido consta de elementos contradictorios, en parte de socialistas democráticos en el sentido francés, en parte de burgueses radicales.

---

[61] Se trata del partido que en ese momento estaba representado por Ledru-Rollin en el Parlamento, por Louis Blanc en la literatura y por *La Reforme* en la prensa cotidiana. Para estos promotores suyos, el nombre de «socialdemocracia» significaba una sección del Partido Democrático o Republicano con un matiz más o menos socializante. [*Nota de Engels a la edición inglesa de 1888.*]

El partido por entonces denominado Socialista Democrático en Francia era el que estaba políticamente representado por Ledru-Rollin y literariamente por Louis Blanc; era, en consecuencia, radicalmente diferente de la actual social-democracia alemana. [*Nota de Engels a la edición alemana de 1890.*]

Entre los polacos los comunistas prestan su apoyo al partido que hace de una revolución agraria condición de la liberación nacional, el mismo partido que alentó la insurrección de Cracovia de 1846[62].

En Alemania el Partido Comunista lucha junto con la burguesía, en tanto ésta adopta una actitud revolucionaria, contra la monarquía absoluta, la propiedad feudal de la tierra y la pequeña burguesía.

Pero no deja un solo momento de luchar por conseguir que los obreros tengan una consciencia lo más clara posible de la contraposición hostil entre[63] burguesía y proletariado, para que los obreros alemanes puedan volver de inmediato, como otras tantas armas, contra la burguesía las condiciones sociales que la burguesía debe introducir con su dominación, para que tras la caída de las clases reaccionarias en Alemania comience inmediatamente la lucha contra la propia burguesía.

Los comunistas concentran primordialmente su atención en Alemania, dado que este país está en vísperas de una revolución burguesa y porque en la medida en que Alemania lleva a cabo esta revolución en las condiciones más avanzadas de la civilización europea en general y con un proletariado mucho más desarrollado que

---

[62] Un grupo de demócratas revolucionarios polacos organizó en Polonia, en febrero de 1846, un levantamiento por la independencia del país. La traición de algunos elementos de la pequeña nobleza y la detención de los líderes del movimiento por la policía prusiana impidió el levantamiento general, aunque tuvieron lugar disturbios aislados de cierta importancia. En la ciudad libre de Cracovia, sometida desde 1815 al control conjunto de Austria, Rusia y Prusia, el alzamiento consiguió, no obstante, triunfar el 22 de febrero, con la consiguiente formación de un gobierno nacional cuya primera medida fue la difusión de una proclama antifeudal. En Galizia se sublevaron paralelamente grupos de campesinos ucranianos. Tras una serie de enfrentamientos entre las tropas de la pequeña nobleza adherida al levantamiento y los campesinos, fomentados en ocasiones por las autoridades austriacas, la sublevación de Cracovia fue sofocada, al igual que la revuelta campesina en Galizia. En noviembre de 1846 Austria, Prusia y Rusia firmaron un tratado por el que Austria procedió a anexionarse Cracovia.

[63] En 1848: «de».

Inglaterra en el siglo XVII y Francia en el siglo XVIII, la revolución burguesa alemana sólo puede ser el preludio inmediato de una revolución proletaria.

En una palabra, los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el estado social y político de cosas existente.

En todos estos movimientos ponen en primer término el problema de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que pueda haber adoptado, como problema fundamental del movimiento.

Los comunistas trabajan, por último, en todas partes a favor de la vinculación y del entendimiento de los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas consideran indigno ocultar sus puntos de vista e intenciones. Declaran abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados mediante la subversión violenta de todo orden social preexistente. Las clases dominantes pueden temblar ante una revolución comunista. Los proletarios no tienen otra cosa que perder en ella que sus cadenas. Tienen un mundo que ganar.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

*This page intentionally left blank*

# PRÓLOGOS AL MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

Por
Karl Marx y Friedrich Engels

*This page intentionally left blank*

## Prólogo
### a la edición alemana de 1872

La Liga de los Comunistas, una asociación internacional de trabajadores que en las condiciones entonces imperantes sólo podía ser, obviamente, secreta, encargó a los que suscriben, en el congreso celebrado en Londres en noviembre de 1847, la redacción de un programa detallado teórico y práctico del Partido destinado a la opinión pública. Nació así el siguiente *Manifiesto,* cuyo manuscrito fue enviado a Londres, para su impresión, pocas semanas antes de la revolución de febrero[1]. Publicado inicialmente en alemán, ha sido impreso en esa lengua por lo menos en doce ediciones diferentes en Alemania, Inglaterra y Norteamérica. En inglés apareció por primera vez en 1850 en el *Red Republican* de Londres, en traducción de Miss Helen Macfarlane, y en 1871, en por lo menos tres traducciones diferentes, en Norteamérica. La primera versión francesa vio la luz en París poco antes de la insurrección de junio de 1848[2] y recientemente en *Le Socialiste* de Nueva York. Hay una nueva traducción en preparación. En polaco, fue publicado en Londres poco después de su primera edición alemana. En ruso, en Ginebra, en la década de 1860. Fue traducido asimismo al danés poco después de su publicación[3].

---

[1] Se alude a la revolución de febrero de 1848 en Francia.

[2] Caracterizada por Engels como «la primera gran batalla entre proletariado y burguesía», la insurrección de los obreros parisinos aludida tuvo lugar durante los días 24 a 26 de junio de 1848. Fue duramente reprimida por el ministro de la guerra Cavaignac.

[3] La primera traducción española del *Manifiesto,* debida a José Mesa, vio la luz en noviembre-diciembre de 1872 en Madrid, en el se-

Por grandes que hayan sido las transformaciones ocurridas en las condiciones imperantes durante los últimos veinticinco años, los principios generales desarrollados en este *Manifiesto* aún conservan actualmente, en líneas generales, toda su corrección. Aquí y allá habría algo que mejorar. Como el propio *Manifiesto* declara, la aplicación práctica de estos principios dependerá siempre y por doquier de las circunstancias históricas imperantes, razón por la cual no se pone énfasis especial alguno en las medidas revolucionarias propuestas al final del apartado II. En más de un aspecto este pasaje tendría que ser redactado de otro modo. A la vista del inmenso desarrollo de la gran industria que ha tenido lugar en los últimos veinticinco años y de la organización, correlativamente en ascenso, de la clase obrera en partido, así como ante las experiencias prácticas, primero de la revolución de febrero y aún mucho más de la Comuna de París, en que el proletariado detentó, por vez primera, el poder político durante dos meses, este programa está hoy anticuado en alguno de sus puntos. La Comuna, sobre todo, ha demostrado que «la clase obrera no puede tomar simplemente posesión de la máquina estatal funcionante y ponerla en movimiento al servicio de sus fines». (Véase *La guerra civil en Francia. Mensaje del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores,* edición alemana, pág. 19, donde este punto se desarrolla más a fondo.) Resulta, además, evidente que la crítica de la literatura socialista está, desde una perspectiva actual, incompleta, ya que sólo llega hasta 1847; también que por mucho que en sus líneas generales las observaciones sobre la posición de los comunistas frente a los diversos partidos opo-

---

manario *La Emancipación.* En esta edición el traductor omitió, por considerarlo de escaso interés para los lectores españoles, el párrafo dedicado al «socialismo alemán o "verdadero"». *El Obrero,* de Barcelona, reprodujo en 1882 la traducción de Mesa, y en 1886 lo hizo el semanario *El Socialista.* Paralelamente, el *Manifiesto* apareció por vez primera en forma de folleto, en Madrid, con una extensión de 32 páginas.

sitores (apartado IV) sigan siendo hoy todavía válidas, en su desarrollo están anticuadas, dado que la situación política se ha transformado totalmente y la evolución histórica ha hecho desaparecer de la faz del mundo la mayor parte de los partidos que ahí se enumeran.

El *Manifiesto* es, no obstante, un documento histórico respecto del que no podemos ya arrogarnos el derecho de modificarlo a nuestra voluntad. Tal vez aparezca una edición posterior acompañada por una introducción que cubra la distancia que media entre 1847 y la actualidad; la presente reimpresión ha llegado demasiado inesperadamente para nosotros como para darnos tiempo para ello.

Londres, 24 de junio de 1872

*Karl Marx - Friedrich Engels*

## Prólogo
### a la edición rusa de 1882[4]

La primera edición rusa del *Manifiesto del Partido Comunista* traducida por Bakunin apareció a comienzos de la década de 1860 en la imprenta del *Kolokol*[5]. Por entonces, el Occidente sólo podía ver en ella (en la edición rusa del *Manifiesto)* un *curiosum* literario. Tal concepción resultaría hoy imposible.

El capítulo final del *Manifiesto* sobre la posición de los comunistas frente a los diversos partidos opositores de los diferentes países muestra con la mayor claridad cuán restringido era aún el ámbito que por entonces (diciembre de 1847) ocupaba el movimiento proletario. Faltan en él, en efecto, Rusia y los Estados Unidos. Era la época en la que Rusia constituía la última gran reserva de la reacción general europea, en la que los Estados Unidos absorbían, mediante la inmigración, el sobrante de población proletaria de Europa. Ambos países abastecían a Europa de materias primas y eran, a la vez, mercados para la venta de sus productos industriales. De una y otra manera ambos países eran entonces, por tanto, columnas del orden europeo establecido.

---

[4] La traducción de este prólogo, firmado por Marx y Engels, ha sido hecha a partir del original alemán elaborado por Engels.

[5] Revista revolucionaria rusa *(La Campana),* editada, bajo el motto de «Vivos voco» (¡Invoco a los vivos!), por A. J. Herzen y N. P. Ogarjow, primero en Londres (1857-1865) y después en Ginebra (1865-1867). *Kolokol* jugó un papel importante en la difusión del movimiento revolucionario en Rusia.

¡Qué diferente hoy todo! Precisamente la inmigración europea posibilitó a Norteamérica una gigantesca producción agrícola, cuya competencia conmueve en sus cimientos la propiedad europea de la tierra, grande y pequeña. Permitió, además, a los Estados Unidos explotar sus ingentes recursos industriales con una energía y en una escala tal que en poco tiempo acabarán, por fuerza, con el monopolio industrial europeo-occidental existente hasta la fecha, y muy especialmente, con el de Inglaterra. Ambos factores repercuten a su vez, revolucionariamente sobre la propia Norteamérica. La pequeña y mediana propiedad agraria de los granjeros, piedra angular de toda la constitución política, sucumbe poco a poco ante la competencia de las granjas gigantescas; en los distritos industriales se desarrolla paralelamente, por vez primera, un proletariado masivo junto a una fabulosa concentración de capitales.

¡Y ahora, Rusia! Durante la revolución de 1848-49 no fueron sólo los príncipes europeos, sino también los burgueses europeos los que encontraron en la intromisión rusa la única salvación posible frente al proletariado que acababa de despertar. El zar fue proclamado jefe de la reacción europea. Hoy es prisionero de guerra de la revolución en Gatschina[6] y Rusia constituye la avanzada de la acción revolucionaria en Europa.

El *Manifiesto Comunista* tenía la misión de proclamar la inminente e inevitable disolución de la propiedad burguesa moderna. Pero en Rusia encontramos, frente a la especulación capitalista en rápido auge y la propiedad burguesa de la tierra apenas en desarrollo, más de la mitad de la tierra en propiedad común de los campesinos. Cabe preguntarse ahora: ¿puede la comunidad rural rusa, que es una forma, fuertemente socavada, sin duda, de la

---

[6] Renombrado castillo, situado en el lugar de igual nombre, a unos 45 km en dirección sur, de San Petersburgo, que antes de ser convertido en museo, tras la revolución, sirvió de residencia temporal a los zares de Rusia.

antiquísima propiedad común del suelo pasar a convertirse directamente en la forma superior de la propiedad común comunista? ¿O deberá, por el contrario, recorrer primero el mismo proceso de disolución que constituye la evolución histórica de Occidente?

La única respuesta posible hoy en día a este interrogante es la siguiente: Si la revolución rusa se convierte en la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se complementen entre sí, entonces la actual propiedad común rusa de la tierra puede servir como punto de partida a una evolución comunista.

Londres, 21 de enero de 1882

*Karl Marx - Friedrich Engels*

## Prólogo
### a la edición alemana de 1883

Me veo, por desgracia, en la obligación de firmar solo el prólogo a la presente edición. Marx, el hombre al que la clase obrera de Europa y de América, considerada globalmente, debe más que a cualquier otro, Marx reposa en el cementerio de Highgate y sobre su tumba crece ya la primera hierba[7]. Tras su muerte no cabe hablar ya propiamente de modificar o completar el *Manifiesto*. Tanto más necesario considero dejar sentado explícitamente aquí, una vez más, lo que sigue.

El pensamiento fundamental que recorre todo el *Manifiesto*, a saber, que la producción económica y la estructura social que se deriva necesariamente de ella en cada época de la historia constituyen el fundamento de la historia política e intelectual de esa época; que, en consecuencia (desde la disolución de la antiquísima propiedad común de la tierra), la historia entera ha sido una historia de luchas de clases, de luchas entre clases explotadoras y explotadas, dominadoras y dominadas, en diversos niveles del desarrollo social; pero que esta lucha ha alcanzado ahora una etapa en la cual la clase explotada y oprimida (el proletariado) ya no puede liberarse de la clase que la explota y oprime (la burguesía) sin liberar al mismo tiempo y para siempre a la sociedad entera de la explotación, la opresión y las luchas de clases —este

[7] Karl Marx murió el 14 de marzo de 1883 en Londres y fue enterrado, en esa misma ciudad, el 17 de marzo en el cementerio de Highgate.

pensamiento fundamental pertenece única y exclusivamente a Marx[8].

He expresado esto a menudo ¡pero precisamente ahora es necesario que figure también en el frontispicio del propio *Manifiesto!*

Londres, 28 de junio de 1883

*Friedrich Engels*

[8] «A esta idea», digo en el prólogo a la edición inglesa, «que en mi opinión está llamada a cimentar el mismo progreso para las ciencias históricas que el que cimentó la teoría de Darwin para las ciencias naturales, a esta idea ya nos habíamos aproximado ambos paulatinamente varios años antes de 1845. Mi trabajo sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra* muestra hasta qué punto había avanzado yo por mi cuenta en esa dirección. Pero cuando volví a encontrar a Marx en Bruselas, durante la primavera de 1845, éste la había desarrollado por completo y me la presentó con palabras casi tan claras como las que acabo de emplear para resumirla». [*Nota incorporada posteriormente por Engels a la edición alemana de 1890.*]

## Prólogo
### a la edición inglesa de 1888

El *Manifiesto* se publicó como plataforma de la Liga de los Comunistas, una asociación obrera en un principio exclusivamente alemana, más tarde internacional, que, en las condiciones políticas del continente europeo en 1848, era inevitablemente una organización secreta. En el congreso de la Liga, celebrado en Londres en noviembre de 1847, Marx y Engels fueron comisionados para preparar la publicación de un programa teórico y práctico completo del partido. Redactado en lengua alemana, el manuscrito fue enviado a Londres para su impresión en enero de 1848, pocas semanas antes de la revolución francesa del 24 de febrero. Poco antes de la insurrección de junio de 1848 vio la luz una traducción francesa en París. La primera traducción al inglés, preparada por Miss Helen Macfarlane, apareció en 1850 en el *Red Republican* de Julian Harney, en Londres. También se publicaron sendas ediciones en danés y en polaco.

El aplastamiento de la insurrección de junio en París en 1848 —esa primera gran batalla entre burguesía y proletariado—, relegó de nuevo transitoriamente a un segundo plano los afanes sociales y políticos de la clase obrera europea. Desde entonces, la lucha por la supremacía volvió a seguir su curso únicamente, como en el período anterior a la revolución de febrero, entre grupos diversos de la clase poseedora; la clase obrera se vio limitada a una lucha en pro de la libertad de movimientos políticos y a la posición de un ala de extrema iz-

quierda de la burguesía radical. Cada vez que seguían dando señales de vida movimientos proletarios independientes, eran despiadadamente abatidos. Así, por ejemplo, la policía prusiana localizó el Comité Central de la Liga de los Comunistas, que por entonces tenía su sede en Colonia. Sus miembros fueron arrestados y, tras dieciocho meses de prisión, fueron sometidos a los tribunales en octubre de 1852. Este célebre «proceso de los comunistas de Colonia» se prolongó desde el 4 de octubre hasta el 12 de noviembre; siete de los prisioneros fueron condenados a penas de cárcel que oscilaban entre los tres y los seis años. Inmediatamente después de emitido el veredicto, los miembros que aún quedaban disolvieron formalmente la Liga. En cuanto al *Manifiesto,* a partir de ese momento pareció estar condenado al olvido.

Cuando la clase obrera europea hubo reunido otra vez fuerzas suficientes como para un nuevo ataque a la clase dominante, nació la Asociación Internacional de Trabajadores[9]. Pero esta asociación que había sido ex-

[9] La Asociación Internacional de Trabajadores se fundó en Londres en 1864, con la participación de los sindicatos obreros británicos y franceses, y de algunos exiliados de otras partes de Europa a la sazón afincados en Londres, como Marx y Engels, que ejercieron en ella desde un principio un papel directivo esencial. Aunque comenzó como movimiento de los sindicatos obreros, no dejó de tener, también desde un primer momento, intereses y significado político. Marx pronunció la alocución inaugural y redactó sus estatutos, sin proponer, con gesto conciliador y sintético, para la Internacional otras tareas que las de la lucha por la mejora de las condiciones de vida y de trabajo de los obreros mediante los métodos sindicales y la agitación en favor de leyes como las que habían ido reduciendo la jornada laboral. Todo ello sin renunciar, no obstante, al empeño organizativo de un partido obrero llamado a conquistar el poder políticos. En la conferencia inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores estuvieron representadas cuatro naciones —Gran Bretaña, Francia, Bélgica y Suiza—, además de las nominalmente representadas por exiliados residentes en Londres. La Asociacion General Obrera Alemana de Lassalle no fue invitada. El Consejo General se estableció en Londres. La Asociación Internacional de Trabajadores, que dejó de existir a mediados de la década de los 70, fue en sus últimos años el escenario de un duro debate entre los seguidores de Marx y los de Bakunin.

presamente fundada para fusionar en una única corporación a todo el proletariado combativo de Europa y América, no podía proclamar de inmediato los principios formulados en el *Manifiesto*. La Internacional tenía que tener un programa lo suficientemente amplio como para resultar aceptable para las *trade unions* inglesas, para los partidarios franceses, belgas, italianos y españoles de Proudhon y para los lassalleanos[10] en Alemania[11]. Marx, que elaboró este programa para satisfacer a todos los partidos, tenía plena confianza en el desarrollo intelectual de la clase obrera, un desarrollo que debía surgir necesariamente de la acción unificada y de la discusión en común. Los acontecimientos y vicisitudes en la lucha contra el capital, las derrotas aún más que las victorias, no podían menos de llevar a los hombres a tomar consciencia de la insuficiencias de sus diversas panaceas predilectas y de allanarles el camino para una plena comprensión de las premisas efectivas de la emancipación de la clase obrera. Y Marx tenía razón. Cuando

---

[10] Ferdinad Lassalle (1825-1964), judío de Silesia, nacido en Breslau, es una figura central del socialismo alemán y, de hecho, el creador del primer movimiento socialista importante de aquel país, la Asociación General Obrera Alemana. Aunque en ocasiones se refirió a Marx como su maestro, sus relaciones con los autores del *Manifiesto del Partido Comunista* no fueron fáciles. Esta tensión se tradujo en un enfrentamiento entre las dos ramas del socialismo alemán, el grupo de Liebknecht y Bebel, apoyado por Marx y Engels y la Internacional, y los lassalleanos. Ambas ramas terminaron, de todos modos, por unirse en 1874, en un Congreso de Unificación celebrado en Gotha, del que surgió un único Partido Social-Demócrata Alemán. Marx elaboró un informe sobre el programa originario de este partido, publicado más tarde por Engels con el título de *Crítica del Programa de Gotha*, en el que planteaba de nuevo las diferencias principales que lo habían separado de Lassalle durante la década de los 60 del pasado siglo. Este informe ejerció gran influencia en algunos medios «marxistas-leninistas», tras la gran escisión respecto de la social-democracia clásica que abrió la Revolución bolchevique de 1917.

[11] Ante nosotros Lassalle personalmente se reconocía siempre como discípulo de Marx y como tal se hallaba en el terreno del *Manifiesto*. De todos modos, en su agitación política pública de los años 1862-1864 no fue más allá de la exigencia de cooperativas de producción con crédito estatal. [*Nota de Engels.*]

en 1874 se desintegró la Internacional, dejó ya a los obreros en una situación totalmente diferente a aquella en la que les encontró en el momento de su fundación, en 1864. El proudhonismo en Francia y el lassalleanismo estaban agonizando, y también las conservadoras *trade unions* inglesas, a pesar de que habían disuelto hacía ya mucho tiempo, en su mayoría, sus vínculos con la Internacional, se acercaban poco a poco al punto en que su presidente podía declarar en Swansea, el año anterior: «El socialismo continental no nos causa ya ningún temor.» Es un hecho que los principios del *Manifiesto* habían realizado considerables progresos entre los obreros de todos los países.

De este modo volvió el propio *Manifiesto* a pasar a un primer plano. Después de 1850, el texto alemán había sido reimpreso varias veces en Suiza, Inglaterra y Norteamérica. En 1872 fue traducido al inglés, más concretamente en Nueva York, donde la traducción se publicó en *Woodhull and Claflin's Weekly.* Tomando como base esta versión inglesa fue hecha también una versión francesa en *Le Socialiste* de Nueva York. Desde entonces se han publicado aún en Norteamérica por lo menos dos traducciones inglesas, más o menos deformadas, una de las cuales fue reimpresa en Inglaterra. La primera traducción rusa, que estuvo a cargo de Bakunin[12], se editó

[12] Michail Alexandrowitsch Bakunin (1814-1876), hijo de un aristócrata y terrateniente ruso de ideas liberales moderadas, es una de las figuras fundacionales de más sólida fama del anarquismo moderno. Conoció a Proudhon, por quien se dejó influir notablemente, y a Marx, cuyos méritos nunca negó, si bien no dejó de enfrentarse duramente con él en el seno de la Asociación Internacional de Trabajadores, de la que fue expulsado en 1872. Tomó parte en los movimientos revolucionarios de 1848, y a raíz de ello pasó siete años preso en una fortaleza rusa. Intentó obtener clemencia del zar, a cuyo efecto le dirigió una famosa «confesión» de tono paneslavista en la que repudiaba su pasado revolucionario en relación con Rusia, lo que no ha dejado de ser interpretado de modos enfrentados. Tras varios años de destierro en Siberia, huyó, a través de Japón y de los Estados Unidos, a Europa occidental, estableciéndose inicialmente en el antiguo reino de Nápoles y Sicilia. Fundó una Liga por la Paz y la Libertad, de la que perdió pronto el

aproximadamente hacia 1863 en la imprenta del *Kolokol* de Herzen, en Ginebra, y una segunda traducción, de la heroica Vera Sassulich[13], vio la luz asimismo en Ginebra en 1882. Una nueva edición danesa se encuentra en la «Socialdemokratisk Bibliothek», Copenhague, 1885; una nueva traducción francesa, en *Le Socialiste*, París, 1886[14]. Siguiendo esta última se preparó una traducción española, que fue publicada en Madrid en 1886. No es posible indicar con exactitud el número de reimpresiones en alemán, pero fueron doce, por lo menos, en total. Una traducción al armenio que tenía que haber salido en Constantinopla hace algunos meses no llegó a ver la luz porque, según se me comunicó, el editor no tuvo el valor de editar un libro en el que figurara el nombre de Marx, sin que el traductor se decidiera tampoco a firmarla como obra propia. He oído mencionar, ciertamente, otras versiones en otras lenguas, pero no he podido verlas. La historia del *Manifiesto* refleja, pues, en buena medida la historia del movimiento obrero moderno; hoy es, sin lugar a dudas, la obra más ampliamente difundida y más internacional de toda la literatura socialista, un programa conjunto que es reconocido por millones de obreros, de Siberia a California.

---

control, fundando seguidamente la Alianza de la Democracia Socialista. A raíz de su expulsión de la Asociación Internacional de Trabajadores intentó organizar una nueva Internacional anarquista secreta. Tras el fracaso del levantamiento de Bolonia y a consecuencia de lo quebrantado de su estado de salud, se retiró, hasta su muerte, de toda actividad política activa. Gran exaltador de la libertad, su odio al Estado, a las iglesias y al mismo Dios, así como sus ideas anarquistas y federalistas, ejercieron notable influencia en los medios socialistas-libertarios y antimarxistas de finales del XIX y primer tercio del XX. Kropotkin, autor de una teoría más sistemática del anarco-comunismo, tiene en él una de sus fuentes principales.

[13] En un epílogo, escrito en 1894, a un artículo sobre la cuestión social en Rusia, Engels cita, en cambio, al teórico marxista ruso Plejánov como autor de esta traducción. En la edición rusa del *Manifiesto* de 1900 el propio Plejánov se autoadjudica esta autoría.

[14] La fecha exacta de aparición en *Le Socialiste* de esta traducción es 1885.

Y, sin embargo, cuando fue escrito no hubiéramos podido llamarlo un manifiesto *socialista.* En 1847 se entendía como socialistas, por una parte, a los partidarios de los diversos sistemas utópicos: los owenistas en Inglaterra y los fourieristas en Francia, que se han visto reducidos ya unos y otros a meras sectas en paulatina extinción; por otra, a los más variados charlatanes sociales que prometían eliminar las lacras sociales con toda suerte de panaceas que no ofrecían el menor peligro para el capital ni para las ganancias. En ambos casos se trataba de gentes situadas fuera del movimiento obrero y que buscaban más bien apoyo entre las clases «ilustradas». La parte de la clase obrera que había llegado al convencimiento de la insuficiencia de transformaciones meramente políticas y postulaba la necesidad de una transformación total de la sociedad, se llamaba entonces *comunista.* Se trataba aún de una forma rudimentaria, tosca, puramente instintiva de comunismo; pero acertó en el punto cardinal y fue lo suficientemente fuerte dentro de la clase obrera como para engendrar el comunismo utópico, el de Cabet[15] en Francia y el de Weitling[16] en Ale-

[15] Étienne Cabet (1788-1856), jurista y publicista republicano francés al que confirió no escasa fama la novela utópica *Voyage en Icarie,* que publicó en 1842 y por la que ha pasado a la historia del pensamiento utópico, en su vertiente comunista. En vísperas de la revolución de febrero de 1848 fletó una expedición con el fin de fundar en los Estados Unidos de América una colonia de «icarios». Confiaba en poder realizar su sueño utópico en el mismo seno de un orden social capitalista. Confiaba, en fin, en edificar en suelo americano la Nueva Jerusalén. A tal efecto se dirigió no sólo a círculos burgueses «ilustrados», sino también, aunque con poco éxito, a varias organizaciones obreras, entre otras a la Asociación comunista de cultura obrera de Londres, cuyos miembros más destacados (Bauer, Moll, Schapper, Lessner, etc.) jugaron un papel nada desdeñable en la creación de la Liga Comunista. Muchos de los «icarios» que partieron camino de la utopía volvieron al cabo de algún tiempo, desengañados, al Viejo Mundo y a sus luchas.

[16] Christian Wilhelm Weitling (1808-1871), sastre alemán al que Marx y Engels incluían, aunque no llegaran a citarlo expresamente en el *Manifiesto,* en el grupo de «comunistas igualitaristas» dominado por las ideas de Babeuf. El pasaje del *Manifiesto* en el que se habla del

mania. De este modo, en 1847 el socialismo era un movimiento de la clase media[17], mientras que el comunismo era un movimiento de la clase obrera. El socialismo era, cuanto menos en el continente, «respetable»; en tanto que el comunismo era exactamente lo contrario. Y puesto que desde un principio opinábamos que «la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la propia clase obrera», no podía caber duda alguna acerca de cuál de ambos nombres habríamos de escoger. No sólo eso, sino que desde entonces jamás se nos ha ocurrido siquiera desdecirnos de él.

Aunque el *Manifiesto* fue trabajo conjunto de ambos, me considero obligado a dejar explícitamente sentado que la idea fundamental que constituye su núcleo pertenece a Marx. Esta idea consiste en lo siguiente: que en toda época histórica el modo económico predominante de producción e intercambio, y la estructura social que se deriva necesariamente de él, constituyen el fundamento sobre el cual se basa la historia política e intelectual de esa época, que sólo a partir de él puede ser explicada; que, en consecuencia, toda la historia de la humanidad (desde la abolición del orden gentilicio, con su propiedad común de la tierra) ha sido una historia de luchas de clases, de luchas entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas; que la historia de estas luchas de clases constituye una serie evolutiva que ha alcanzado en la actualidad una etapa en la cual la clase

---

«lumpenproletariado» puede ser asimismo interpretado en clave de alusión velada a Weitling, toda vez que tanto éste como Bakunin veían en el *Lumpenproletariat* el elemento más leal y seguro de la revolución. Weitling no admitía la necesidad, en el camino hacia el comunismo, de un período de transición en el que la burguesía actuara como clase dirigente, lo que le distanció de Marx. En su opinión, el mejor medio para instaurar un orden social distinto era llevar el desorden social existente a un extremo tal que la paciencia del pueblo se agotara. Aunque Marx saludó con entusiasmo la aparición, en 1842, del libro de Weitling *Garantías de la Armonía y de la Libertad*, rompió con él definitivamente el 29 de marzo de 1846, casi un año antes de la fundación de la Liga Comunista.

[17] En el sentido de la «pequeña burguesía».

explotada y oprimida —el proletariado— ya no puede lograr su liberación del yugo de la clase explotadora y dominante —la burguesía— sin liberar al mismo tiempo a toda la sociedad, de una vez por todas, de toda explotación y opresión, de todas las diferencias y luchas de clases.

A esta idea, que en mi opinión está llamada a cimentar el mismo progreso para las ciencias históricas que el que cimentó la teoría de Darwin para las ciencias naturales, a esta idea ya nos habíamos aproximado ambos paulatinamente varios años antes de 1845. Mi trabajo sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra* muestra hasta qué punto había avanzado yo por mi cuenta en esa dirección. Pero cuando volví a encontrar a Marx en Bruselas, durante la primavera de 1845, éste la había desarrollado por completo y me la presentó con palabras casi tan claras como las que acabo de emplear para resumirla.

De nuestro prólogo común a la edición alemana de 1872 citaré lo siguiente:

«Por grandes que hayan sido las transformaciones ocurridas en las condiciones imperantes durante los últimos veinticinco años, los principios generales desarrollados en este *Manifiesto* aún conservan, actualmente, en líneas generales, toda su corrección. Aquí y allá habría algo que mejorar. Como el propio *Manifiesto* declara, la aplicación práctica de estos principios dependerá siempre y por doquier de las circunstancias históricas imperantes, razón por la cual no se pone énfasis especial alguno en las medidas revolucionarias propuestas al final del apartado II. En más de un aspecto este pasaje tendría que ser redactado de otro modo. A la vista del inmenso desarrollo de la gran industria que ha tenido lugar en los últimos veinticinco años y de la organización, correlativamente en ascenso, de la clase obrera en partido, así como ante las experiencias prácticas, primero de la revolución de febrero y aún mucho más de la Comuna de París, en que el proleta-

riado detentó, por vez primera, el poder político durante dos meses, este programa está hoy anticuado en alguno de sus puntos. La Comuna, sobre todo, ha demostrado que "la clase obrera no puede tomar simplemente posesión de la máquina estatal funcionante y ponerla en movimiento al servicio de sus fines". (Véase *La guerra civil en Francia. Mensaje del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores,* edición alemana, pág. 19, donde este punto se desarrolla más a fondo.) Resulta, además, evidente que la crítica de la literatura socialista está, desde una perspectiva actual, incompleta, ya que sólo llega hasta 1847; también que por mucho que en sus líneas generales las observaciones sobre la posición de los comunistas frente a los diversos partidos opositores (apartado IV) sigan siendo hoy todavía válidas, en su desarrollo están anticuadas, dado que la situación política se ha transformado totalmente y la evolución histórica ha hecho desaparecer de la faz del mundo la mayor parte de los partidos que ahí se enumeran.

»El *Manifiesto* es, no obstante, un documento histórico respecto del que no podemos ya arrogarnos el derecho de modificarlo a nuestra voluntad.»

La presente traducción se debe al señor Samuel Moore, traductor de la mayor parte de *El Capital* de Marx. La hemos revisado en colaboración y he añadido algunas notas para explicar ciertas alusiones históricas.

Londres, 30 de enero de 1888

*Friedrich Engels*

## Prólogo
### a la edición alemana de 1890

Desde la redacción del prólogo precedente[18], se ha hecho de nuevo necesaria otra edición alemana del *Manifiesto,* y han ocurrido en torno al *Manifiesto* algunas cosas que deben ser mencionadas aquí.

En 1882 vio la luz en Ginebra una segunda traducción rusa, debida a Vera Sassulich[19]; el prólogo de la misma fue radactado por Marx y por mí. Lamentablemente se me ha extraviado el manuscrito original alemán, por lo que tengo que retraducir del ruso, lo que en modo alguno favorece el trabajo. Dice así[20]: .....

.....

Una nueva traducción polaca apareció en Ginebra por las mismas fechas: *Manifest komunistyczny.*

Ha aparecido además, en la «Socialdemokratisk Bibliothek», Kobenhavn, 1885, una nueva traducción danesa. Por desgracia no es del todo completa; se han omitido algunos pasajes esenciales, que a lo que parece creaban dificultades al traductor, y aquí y allá se notan señales de negligencia, que resultan tanto más de lamentar cuanto que a la vista del trabajo se percibe que con

---

[18] Engels alude al prólogo a la edición alemana de 1883.

[19] Cfr. la nota 13.

[20] El original alemán perdido por Engels del prólogo escrito por Marx y por él mismo para la edición rusa de 1882 fue encontrado y depositado en el Archivo del Instituto de Marxismo-Leninismo de Moscú. El texto de este original se reproduce en las páginas 84, 85, 86 de este volumen, por lo que renunciamos a reproducir aquí la traducción.

algo más de cuidado el traductor habría podido conseguir un resultado excelente.

En 1886 apareció una nueva traducción francesa en *Le Socialiste,* París; es la mejor de las hasta la fecha publicadas.

Tras ésta se publicó, el mismo año, una traducción española primero en *El Socialista* madrileño y luego en forma de folleto: *Manifiesto del Partido Comunista* por Carlos Marx y F. Engels, Madrid, Administración de *El Socialista,* Hernán Cortés, 8.

Citaré como *curiosum* el hecho de que en 1887 fue ofrecido a un editor de Constantinopla el manuscrito de una traducción armenia; el buen hombre no tuvo, sin embargo, el valor de publicar algo en lo que figurara el nombre de Marx y pensó que el traductor podía aparecer como autor, oferta que éste declinó.

Después de haberse reimpreso varias veces en Inglaterra bien una, bien otra de las traducciones norteamericanas más o menos inexactas, apareció finalmente una traducción auténtica en 1888. Su autor es mi amigo Samuel Moore y antes de su impresión hemos vuelto a revisarla juntos. Su título es *Manifest of the Communist Party,* by Karl Marx and Frederick Engels, Authorized English Translation, edited and annotated by Frederick Engels, 1888, Londres, William Reeves, 185 Fleet St., E. C. He incorporado a la presente alguna de las notas de esta edición.

El *Manifiesto* ha tenido una vida propia.

En el momento de su aparición fue saludado con entusiasmo por la vanguardia, poco numerosa aún por entonces, del socialismo científico (como lo prueban las traducciones citadas en el primer prólogo), pero pronto quedó relegado a un plano secundario en virtud de la reacción que se inició con la derrota de los obreros de París en junio de 1848, para ser finalmente proscrito «de derecho» a consecuencia de la condena de los comunistas de Colonia, en noviembre de 1852. Con la desaparición de la escena pública del movimiento obrero, que da-

taba de la revolución de febrero, el *Manifiesto* quedó relegado también a un plano secundario.

Cuando la clase obrera europea hubo reunido otra vez fuerzas suficientes como para un nuevo ataque a la clase dominante, nació la Asociación Internacional de Trabajadores. Tenía la finalidad de fundir en un solo cuerpo de ejército a todo el proletariado combatiente de Europa y América. De ahí que no pudiera partir de los principios sentados en el *Manifiesto.* Tenía que tener un programa que no cerrara las puertas a las *trade unions* inglesas, a los proudhonistas franceses, belgas, italianos y españoles, así como a los lassalleanos[21] alemanes. Este programa —los considerandos de los estatutos de la Internacional— fue redactado por Marx con una maestría reconocida por el propio Bakunin y los anarquistas. En cuanto a la victoria definitiva de los principios formulados en el *Manifiesto,* Marx confió única y exclusivamente en la evolución intelectual de la clase obrera, tal como debía surgir necesariamente de la acción unificada y de la discusión. Los acontecimientos y vicisitudes en la lucha contra el capital, las derrotas aún más que las victorias, no podían menos de llevar a los hombres a tomar conciencia de la insuficiencia de sus diversas panaceas predilectas y de allanarles el camino para una plena comprensión de las premisas efectivas de la emancipación de la clase obrera. Y Marx tenía razón. Cuando en 1874 se desintegró la Internacional, dejó ya a los obreros en una situación totalmente diferente a aquella en la que les encontró en el momento de su fundación, en 1864. El proudhonismo en los países latinos y el lassalleanismo específico en Alemania estaban agonizando, e incluso las ultraconservadoras *trade unions* inglesas de entonces se acercaban poco a poco al punto en que el presidente de su congreso pudo decir, en 1887, en Swansea, en su nombre: «El socialismo continental no nos causa ya nin-

[21] Cfr. nota 11. Engels repite aquí esta nota, originariamente correspondiente al prólogo a la edición inglesa de 1888.

gún temor». Pero en 1887 el socialismo continental no era ya prácticamente otra cosa que la teoría que se proclama en el *Manifiesto*. Y así, la historia del *Manifiesto* refleja, en buena medida, la historia del movimiento obrero moderno desde 1848. Hoy es, sin lugar a dudas, la obra más ampliamente difundida y más internacional de toda la literatura socialista, un programa conjunto que es reconocido por millones de obreros, de Siberia a California.

Y, sin embargo, cuando apareció no hubiéramos podido llamarlo un manifiesto *socialista*. En 1847 se entendía como socialistas a dos tipos de gentes. Por una parte, a los partidarios de los más diversos sistemas utópicos, especialmente los owenistas en Inglaterra y los fourieristas en Francia, que ya entonces se habían visto reducidos, unos y otros, a la condición de meras sectas en paulatina extinción. Por otra, a los más variados charlatanes sociales, que con sus diferentes panaceas y toda clase de charlatanerías pretendían eliminar las lacras sociales sin dañar en lo más mínimo capital y beneficio. En ambos casos: gentes situadas fuera del movimiento obrero y que buscaban más bien apoyo entre las clases «ilustradas». La parte de la clase obrera, por el contrario, que había llegado al convencimiento de la insuficiencia de transformaciones meramente políticas y postulaba la necesidad de una transformación total de la sociedad, se llamaba entonces *comunista*. Se trataba de un comunismo toscamente trabajado, meramente instintivo, a veces algo rudimentario; pero era lo suficientemente fuerte como para generar dos sistemas del comunismo utópico, el «icárico» de Cabet en Francia y el de Weitling en Alemania. Socialismo significaba en 1847 un movimiento burgués, comunismo un movimiento obrero. El socialismo era, cuanto menos en el continente, «respetable»; el comunismo era exactamente lo contrario. Y puesto que ya entonces éramos decididamente de la opinión de que «la emancipación de los obreros tenía que ser obra de la propia clase obrera», no pudimos dudar un solo

momento sobre cuál de ambos nombres debíamos escoger. Desde entonces jamás se nos ha ocurrido tampoco desdecirnos siquiera de él.

«¡Proletarios de todos los países, uníos!» Cuando lanzamos estas palabras al mundo, hace ya cuarenta y dos años, en vísperas de la primera revolución parisina en la que el proletariado irrumpió con pretensiones propias, sólo unas pocas voces respondieron. Pero el 28 de septiembre de 1864 se unieron proletarios de la mayor parte de los países europeos occidentales en la Asociación Internacional de Trabajadores, de gloriosa memoria. Cierto es que la propia Internacional sólo vivió nueve años. Pero la unión eterna de los proletarios de todos los países fundada por ella aún vive, y con mayor fuerza que nunca, y no hay mejor testigo para corroborarlo que precisamente el día de hoy. Pues actualmente, mientras escribo estas líneas, el proletariado europeo y americano pasa revista a sus fuerzas movilizadas por vez primera, movilizadas como *un* ejército, bajo *una* bandera y por *un* objetivo inmediato: la jornada laboral normal de ocho horas, proclamada ya por el Congreso de la Internacional de Ginebra de 1866 y, nuevamente, por el Congreso de Trabajadores de París de 1889, y que debe ser legalmente determinada. Y el espectáculo del día de hoy abrirá a los capitalistas y terratenientes de todos los países los ojos sobre el hecho de que actualmente los proletarios de todos los países están efectivamente unidos.

¡Ojalá estuviera Marx todavía a mi lado para ver esto con sus propios ojos!

Londres, 1de mayo de 1890.

*Friedrich Engels*

## Prólogo
### a la edición polaca de 1892[22]

El hecho de que se haya vuelto necesaria una nueva edición polaca del *Manifiesto Comunista* da pie a diversas consideraciones.

Es digno, ante todo, de ser subrayado el que el *Manifiesto* se haya convertido últimamente, en cierto modo, en un patrón de medida para el desarrollo de la gran industria en el continente europeo. En la misma medida en que en un país se expande la gran industria, crece entre los obreros de dicho país el afán de clarificarse sobre su propia posición como clase obrera frente a las clases poseedoras, se difunde entre ellos el movimiento socialista y aumenta la demanda del *Manifiesto*. Así pues, no sólo el estado del movimiento obrero, sino también el grado de desarrollo de la gran industria en cada país puede ser determinado con bastante exactitud a la luz del número de ejemplares del *Manifiesto* difundidos en la lengua del país.

La nueva edición polaca resulta, en consecuencia, indicativa de un decidido progreso de la industria polaca. Sobre el hecho de que este progreso ha ocurrido realmente desde la última edición, aparecida hace diez años, no puede caber duda alguna. La Polonia rusa, la Polonia del Congreso, se ha convertido en el gran distrito industrial del Imperio Ruso. Mientras que la gran industria rusa se halla esporádicamente dispersa —una parte en el

[22] Traducción hecha a partir de la versión alemana de este Prólogo, redactada por Engels.

Golfo de Finlandia, otra en el centro (Moscú y Vladimir), una tercera en los mares Negro y de Azov y otras dispersas en otros lugares—, la gran industria polaca se halla comprimida en un espacio relativamente pequeño y goza de las ventajas y desventajas nacidas de esta concentración. Los fabricantes rusos competidores reconocieron dichas ventajas al exigir aranceles protectores contra Polonia, a pesar de su ferviente deseo de convertir a los polacos en rusos. Las desventajas —para los fabricantes polacos y para el gobierno ruso— se muestran en la rápida difusión de las ideas socialistas entre los obreros polacos y en la demanda en aumento del *Manifiesto.*

Pero el rápido desarrollo de la industria polaca, muy superior al de la industria rusa, constituye a su vez una nueva prueba de la inagotable energía vital del pueblo polaco y una nueva garantía de su futuro renacimiento nacional. El resurgimiento de una Polonia independiente y fuerte es, con todo, una cuestión que importa no sólo a los polacos, sino a todos nosotros. Una colaboración internacional sincera de las naciones europeas sólo será posible cuando cada una de ellas sea completamente autónoma dentro de su propia casa. La revolución de 1848, que en definitiva no llevó a los combatientes proletarios que luchaban bajo la bandera del proletariado sino a hacer el trabajo de la burguesía, ha impuesto, por obra de sus albaceas testamentarios Luis Bonaparte y Bismarck, la independencia de Italia, de Alemania y de Hungría; en cambio Polonia, que desde 1792 había hecho por la revolución más que esos tres países juntos, fue abandonada a su propia suerte en 1863, cuando sucumbía bajo el empuje de fuerzas rusas diez veces superiores. La nobleza no fue capaz de defender ni de reconquistar la independencia de Polonia; a la burguesía hoy por hoy le resulta, cuando menos, indiferente. Y, sin embargo, para la colaboración armónica de las naciones europeas es una necesidad. Sólo podrá ser reconquistada por el joven proletariado polaco, en cuyas manos está

al resguardo. Porque para los obreros del resto de Europa la independencia de Polonia es tan necesaria como para los propios obreros polacos.

Londres, 10 de febrero de 1892

*Friedrich Engels*

*This page intentionally left blank*

## AL LECTOR ITALIANO[23]

Podría bien decirse que la publicación del *Manifiesto del Partido Comunista* coincidió exactamente con el 18 de marzo de 1848, con las revoluciones de Milán y de Berlín, en que se alzaron dos naciones que en el centro la una del continente europeo y la otra del Mediterráneo se habían visto debilitadas por la fragmentación territorial y las discordias internas y habían, en consecuencia, caído bajo la dominación extranjera. Mientras que Italia se hallaba sometida al emperador de Austria, Alemania tenía que soportar, aunque de forma no tan directa, el no menos pesado yugo del zar de todas las Rusias. Entre las consecuencias del 18 de marzo de 1848 estuvo la liberación de Italia y Alemania de esta ignominia; si entre 1848 y 1871 ambas grandes naciones consiguieron recomponerse y verse, en cierto modo, devueltas a sí mismas, ello fue debido, al decir de Karl Marx, al hecho de que las mismas gentes que reprimieron la Revolución de 1848 se convirtieron, a pesar suyo, en sus albaceas testamentarios.

La revolución fue entonces por doquier obra de la clase obrera; fue la clase obrera la que levantó las barricadas y expuso su vida. Sólo los obreros de París tenían, al derrocar el gobierno, la intención expresa de derrocar el régimen burgués. Pero por conscientes que fueran del inevitable antagonismo existente entre su propia clase y la burguesía, ni el progreso económico del país ni el desarrollo intelectual de las masas obreras francesas ha-

[23] Escrito originariamente en francés por Engels.

bían alcanzado aún el grado que habría sido preciso para hacer posible una transformación de la sociedad. Los frutos de la revolución fueron, en consecuencia, cosechados por la clase de los capitalistas. En los otros países, en Italia, en Alemania, en Austria, en Hungría, los obreros no hicieron, desde el primer momento, más que ayudar a la burguesía a conquistar el poder. Pero en ningún país es posible la dominación de la burguesía sin la independencia nacional. Por eso, la revolución de 1848 debía conducir a la unidad y a la independencia de las naciones que hasta entonces no las habían conquistado: Italia, Alemania, Hungría; Polonia les seguirá a su debido tiempo.

Así pues, si bien la Revolución de 1848 no fue una revolución socialista, le allanó el camino y le preparó el terreno. Con el desarrollo de la gran industria en todos los países, el régimen burgués ha creado en el curso de los últimos cuarenta y cinco años un proletariado numeroso, fuerte y unido, y ha producido así, por emplear una expresión del *Manifiesto,* sus propios sepultureros. Sin la restitución de la independencia y la unidad de cada nación no hubiera sido posible realizar la unificación internacional del proletariado ni la cooperación pacífica e inteligente de esas naciones para el logro de objetivos comunes. ¿Hubiera sido acaso posible concebir la acción común internacional de los obreros italianos, húngaros, alemanes, polacos y rusos en las condiciones políticas existentes hasta 1848?

Las luchas de 1848 no han sido, pues, en vano; tampoco han pasado en vano los cuarenta y cinco años que nos separan de esa época revolucionaria. Los frutos comienzan a madurar y todo cuanto deseo es que la publicación de esta traducción italiana sea un buen augurio para la victoria del proletariado italiano, como la publicación del original lo fue para la revolución internacional.

El *Manifiesto* rinde plena justicia al papel revolucionario jugado por el capitalismo en el pasado. La primera

nación capitalista fue Italia. El fin de la Edad Media feudal y la aurora de la era capitalista contemporánea vienen marcados por una figura grandiosa, por el italiano Dante, que es a la vez el último poeta medieval y el primer poeta de los tiempos modernos. Hoy, como en torno al 1300, comienza a despuntar una nueva era histórica. ¿Nos dará Italia el nuevo Dante que anuncie la hora del nacimiento de la era proletaria?

Londres, 1 de febrero de 1893.

*Friedrich Engels*